

LA AUTORIDAD Y EL USO DEL INGLÉS AMERICANO

Dilige et quod vis fac.

SAN AGUSTÍN

¿Sabían ustedes que explorar los sórdidos entresijos de la lexicografía americana desvela luchas ideológicas y controversias e intrigas y cosas desagradables y fervores de una escala similar al caso Lewinski?

Por ejemplo, ¿sabían ustedes que algunos diccionarios modernos son notoriamente liberales y otros notoriamente conservadores, y que ciertos diccionarios conservadores fueron en realidad concebidos y diseñados como respuestas correctivas a la «corrupción» y a la «permisividad» de ciertos diccionarios liberales? ¿Y que el instrumento oligárquico que supone tener una «Comisión de Personalidades del Uso de la Lengua [...] integrada por notables oradores y escritores profesionales» especial responde al intento por parte de algunos diccionarios de establecer un equilibrio entre las fuerzas del igualitarismo y el tradicionalismo en el idioma inglés, pero que la mayoría de los lingüistas liberales desprecian el instrumento de la Comisión de Uso por considerarlo una simple fachada de populismo, y dicen cosas como «Se solicitan las opiniones de la élite y luego se dice que es una guía democrática»?

¿Sabían ustedes siquiera que la lexicografía americana *tenía* sórdidos entresijos?

El motivo de este artículo es la reciente publicación por parte de Oxford University Press de *A Dictionary of Modern American Usage* [Diccionario de uso del inglés americano moderno] del señor Bryan A. Garner, un libro que Oxford está promocionando agresivamente y que a mí me han encargado que reseñe. Y resulta que es un encargo de lo más complicado. En el Estados Unidos de hoy día, las reseñas típicas de libros responden a la lógica del mercado, y colocan de forma implícita al lector en el rol del consumidor. En términos retóricos, todo su proyecto deriva de una pregunta que resulta demasiado burda hasta para plantearla de forma abierta: «¿Tiene que comprar usted este libro?», y debido a que el diccionario de uso de Bryan Garner pertenece a un subgénero particular del género de libros de referencia que ya es de por sí altamente especializado y particular, y debido a que al menos una docena de las principales guías que uso se han publicado en los dos últimos años y a que algunas de ellas han sido realmente bastante buenas,¹ la pregunta central inefable en este caso incluye la proposición comparativa «¿... en lugar de *ese otro*?» a modo de apéndice a la cláusula principal, de forma que implica una discusión de si el *ADMAU* les distinto de otros productos especializados recientes del mismo tipo.

Lo importante del caso es que el diccionario de Garner es extremadamente bueno, ciertamente la guía de uso más exhaustiva desde el *Webster's Dictionary of English Usage* de E.W. Gilman, que ya está una década desfasado.² Pero los elementos realmente sobresalientes e ingeniosos de *A Dictionary of Modern American Usage* tienen que ver con cuestiones de retórica e ideología y estilo, y resulta imposible describir por qué estas cuestiones son importantes y por qué la forma en que las trata Garner raya en la genialidad

¹ (las mejores y más sustanciales de las cuales son *The American Heritage Book Of English Usage*; *Writing: Grammar, Usage, and Style* de Jean Eggenschwiler, y *The New Fowler's Modera English Usage* del mismo Oxford/Clarendon)

² El *New Fowler* también es extremadamente completo y bueno, pero hace énfasis en el uso del inglés británico.

sin hablar del contexto histórico³ en el que aparece el *ADMAU*, y este contexto resulta ser un verdadero huracán de controversias acerca de cuestiones que van desde la lingüística técnica y la educación pública hasta la ideología política,⁴ y hace falta algo de tiempo para desplegar estas controversias antes de que sea posible establecer su relación con lo que hace que el diccionario de Garner sea una forma tan óptima de invertir el dinero duramente ganado que ustedes destinan a los libros de referencia; y de hecho ni siquiera se puede empezar esta discusión desgarradora y polimérica sin primero tomarse un momento para establecer y definir el muy coloquial término *SNOOT* [«Estirado»].

En cierto sentido, el que se publique cualquier buen libro nuevo sobre el uso del inglés americano no deja de tener cierta ironía. Y la ironía es que la gente a la que le va a interesar ese libro es también la gente que menos lo va a necesitar: es decir, que ofrecer consejos sobre los puntos más sutiles del inglés americano es predicar a los conversos. Y los conversos en el caso que nos ocupa comprenden a ese pequeño porcentaje de ciudadanos americanos a quienes sí les importa el estatus actual de los modales dobles y los verbos ergativos. La misma clase de gente que vio *The Story of English* en la televisión pública (dos veces) y que lee la columna de William Safire mientras se bebe su café bajo en cafeína todos los domingos. La clase de gente que siente esa combinación especial de desesperación dolorosa y superioridad mordaz cuando lee: «EXPRESS LANE - 10 ÍTEMS OR LESS» u oyen la palabra inglesa *dialogue* usada como verbo, o que se dan cuenta de que los fundadores de la cadena de moteles Super 8 seguramente no sabían lo que quería decir *suppurate* [«supurar», suena en inglés como «súper 8»]. Hay muchos epítetos para esa clase de gente: Nazis de la Gramática, Empollones del Uso, Esnobs de la Sintaxis, el Batallón Gramático, la Policía del Idioma. El término con que me criaron a mí es *SNOOT*.⁵ Puede que la palabra exprese cierta burla de uno mismo, pero todos los términos anteriores son directamente difemismos. Un *SNOOT* puede definirse en términos generales como alguien que sabe lo que quiere decir «difemismo» y a quien no le importa hacerte saber que lo sabe.

Yo sostengo que los *SNOOT* somos la última especie que queda de empollones verdaderamente elitistas. Hay, es cierto, muchas especies de empollones en la América de hoy día, y algunas de ellas son elitistas dentro de su propio ámbito de empollonismo (p. ej., el flaco, lleno de forúnculos y semiautista Empollón Informático asciende automáticamente por el tótem del estatus cuando se te cuelga la pantalla y de pronto necesitas su ayuda, y la condescendencia inexpresiva con que lleva a cabo las dos pulsaciones esotéricas que te activan una vez más la pantalla resulta al mismo tiempo elitista y válida en esa situación). Pero el ámbito del *SNOOT* es la vida misma entre humanos. Al fin y al cabo, usar ordenador (pese a la agotadora presión cultural) no es necesario, pero del lenguaje no se puede escapar: el lenguaje lo es todo y está en todas partes; es lo que nos permite tener alguna relación los unos con los otros; es lo que nos separa de los animales; Génesis 11, 7-10 y todo eso. Y nosotros los *SNOOT* sabemos cuándo y cómo poner guiones en los adjeti-

³ Pido perdón por usar esta expresión. Yo también la odio. Esta resulta ser una de esas ocasiones muy escasas en que «contexto histórico» es la expresión que usar, y no existe ninguna expresión equivalente que no sea todavía peor (hasta probé a poner «telón de fondo léxico-temporal» en uno de los borradores intermedios, pero creo que estarán ustedes de acuerdo en que no resulta preferible).

⁴ Uno de los grupos de afirmaciones al que voy a dedicar un montón de mi tiempo y del tiempo de ustedes a defender es que las cuestiones de uso de la lengua inglesa son fundamental e inevitablemente políticas, y que las autoridades lingüísticas supuestamente desinteresadas como los diccionarios siempre son los productos de ciertas ideologías, y que en calidad de autoridades se les pueden pedir los mismos estándares básicos de sensatez y honradez y justicia que les pedimos a nuestras autoridades políticas.

⁵ *SNOOT* (m) (*altamente coloquial*) es el apodo a *clef* que se usa en la familia nuclear de este reseñista para referirse a un fanático realmente extremo del uso de la lengua, la clase de persona a la cual para divertirse en domingo no se le ocurre nada mejor que buscar errores en la misma prosa de la columna de William Safire. La familia de este reseñista viene a estar compuesta en un setenta por ciento de *SNOOT*, término que deriva de un acrónimo, y la gran broma familiar histórica es que el hecho de que S.N.O.O.T. significara «Sprachgefühl Necessitates Our Ongoing Tendence» [«El Sprachgefühl Necesita Nuestra Atención Constante»] o «Syntax Nudniks Of Our Time» [«Pelmazos De La Sintaxis de Nuestra Época»] dependía de si tú eras uno o no.

vos con partícula y evitar que queden colgados los participios, y sabemos que lo sabemos, y sabemos que son poquísimos los demás americanos que saben estas cosas o a quienes les importan, y los juzgamos basándonos en eso.

En ciertos sentidos que a algunos nos incomodan, las actitudes de los SNOOT acerca del uso contemporáneo se parecen a las actitudes sobre la cultura contemporánea que tienen los conservadores políticos/religiosos.⁶ Combinamos un fervor digno de misioneros y una fe casi neural en la importancia de nuestras creencias con una desesperación de viejo cascarrabias que cree que todo se está yendo al infierno por culpa de la forma en que los adultos supuestamente cultos están degradando el inglés de forma rutinaria.⁷ A eso hay que sumarle un toque del elitismo de, por ejemplo, Billy Zane en *Titania* a un colega SNOOT que conozco le gusta decir que escuchar el inglés en público de la mayoría de la gente es como ver a alguien usar un Stradivarius para clavar clavos. Nosotros⁸ somos los Elegidos, los Orgullosos, los Más o Menos Constantemente Horrorizados por Todos los Demás.

INTERPOLACIÓN

Como estoy seguro de que *Harper's* va a cortar esta parte del artículo, también voy a insertar el hecho de que hasta teníamos una divertida pero retrospectivamente perturbadora *cancioncilla* familiar que la madre y los pequeños SNOOTitos cantábamos en el coche durante los viajes largos mientras mi padre ponía los ojos en blanco sin decir nada y seguía conduciendo (hay que recordar la sintonía de *Underdog* a fin de seguir la canción):

⁶ Esto es cierto en mi caso, por lo menos; también lo de que «nos incomodan». Yo doy clases de inglés en la universidad a tiempo parcial. Casi todo literatura, no redacción. Pero estoy tan patológicamente obsesionado por el uso de la lengua que cada semestre pasa lo mismo: en cuanto he tenido que leer el primer ejercicio escrito de mis alumnos, abandonamos de inmediato el temario de literatura y damos un Curso de Emergencia de Recuperación de Gramática y Uso de tres semanas, durante el cual la conducta es básicamente la de alguien que enseña cómo prevenir el VIH a drogadictos intravenosos. Cuando sale a la luz (tal como pasa cada curso) que al noventa y cinco por ciento de esos estudiantes universitarios inteligentes y de élite nunca nadie les ha enseñado, p. ej., qué es una cláusula o por qué un *only* mal colocado puede hacer que una frase sea confusa o por qué no se pone automáticamente una coma justo después de una locución nominal larga, yo me acabo golpeando la cabeza contra la pizarra. Me pongo furioso y me lleno de aires de superioridad moral. Les digo que debería demandar a los consejos directivos de las escuelas de sus pueblos, y lo digo en serio. Los chavales acaban asustados, tanto de mí como por mí. Todos los meses de agosto juro en silencio *tranquilizarme con las cosas del uso de la lengua* en el año que empieza, y luego para el día del Trabajo ya tengo la barbilla llena de espuma. Parece que no lo puedo evitar. La verdad es que ni siquiera soy un profesor especialmente bueno ni entregado; en las clases ninguna otra cosa me causa el mismo fervor, y soy consciente de que no es un fervor muy productivo, ni tampoco sano: tiene elementos de fanatismo y de furia, además de un esnobismo que sé que me moriría de vergüenza si lo mostrara hacia cualquier otra cosa.

⁷ Nótese que en la página titular de este mismo artículo hay un par de bloques de las más típicas medidas de pata y cagadas y oxímoros y barbaridades solecísticas y estallidos de metano lingüístico de moda contemporáneos que hacen que a un SNOOT le tiemble la mejilla y se le ensombrezca la frente. (Nótese también que solamente hizo falta una semana de escuchar prestando atención a medias y de tomar apuntes para reunir estos bloques: el Mal nos rodea por todas partes.)

⁸ Por favor, fíjense en que la repetición estratégica del pronombre de primera persona está destinado a iterar y enfatizar que este reseñista también es uno de ellos en gran medida, un SNOOT, y también a connotar a la familia nuclear que se menciona *supra*. La SNOOTitud viene de familia. En el prefacio del *ADMAU*, Bryan Garner menciona a su padre y a su abuelo, y llega a usar la palabra «genético», y probablemente sea cierto: el noventa por ciento de los SNOOT que conozco tienen por lo menos un padre o una madre que es, por profesión o por temperamento o por ambas cosas, un SNOOT. En mi caso, mi madre es profesora de redacción y ha escrito manuales de recuperación de uso de la lengua y es una SNOOT de la clase más rabiosa e intratable. El hecho de que yo sea un SNOOT se debe por lo menos en parte a que durante años mi madre nos lavó el cerebro de mil maneras sutiles. Aquí va un ejemplo. En las cenas familiares a menudo se jugaba a un juego: si alguno de los niños cometía un error de uso de la lengua, nuestra madre fingía que tenía un ataque de tos que continuaba y continuaba hasta que el niño en cuestión había identificado el error en cuestión y lo había corregido. Todo era muy ligero y autoparódico; pero aun así, visto con perspectiva, parece un poco excesivo fingir que tu niño te está *dejando sin oxígeno* por hablar de forma incorrecta. Lo que da más miedo, sin embargo, es que ahora a veces me sorprende a mí mismo jugando a ese mismo «juego» con mis estudiantes, incluyendo la tos fingida.

*When idiots in this world appear
And fail to be concise or clear
And solecisms rend the ear
The cry goes up both far and near
For Blunderdog
Blunderdog
Blunderdog
Blunderdog
Pen of iron, tongue of fire
Tightening the wid'ning gyre
Blunderdo-O-O-O-O-O-O...
etcétera.**

[«Cuando en este mundo aparecen idiotas / que nunca son concisos ni claros / y los solecismos desgarran los oídos / el grito se oye por todos lados / es el Pifiador / Pifiador / Pifiador / Pifiador / pluma de hierro, lengua de fuego / estrechando la creciente espiral / el Pifiado-o-o-o-o-or...»]

* (Como está casi claro que esto lo van a cortar, admito que sí, que en realidad fui yo, de niño, el autor de esta canción. Pero para entonces ya me habían lavado el cerebro por completo. Venía a ser nuestra versión familiar de «100 Bottles... Wall». Mi madre era la responsable del verso «wid'ning gyre» del estribillo, que después de un largo debate fue sustituido por una rima supuestamente «forzada» con «fire» en mi letra original; y de nuevo, años después, cuando por fin entendí la esencia apocalíptica de aquel verso de Yeats, sentí en retrospectiva un poco de miedo.)

DECLARACIÓN DE LA TESIS DEL CONJUNTO DEL ARTÍCULO

Las cuestiones en que la tradición se enfrenta con el igualitarismo en el ámbito del inglés americano son en el fondo cuestiones políticas, y solamente se puede tratar con ellas de forma eficaz con lo que este artículo en adelante denominará «Espíritu Democrático». El Espíritu Democrático es un espíritu que combina rigor con humildad, es decir, convicción apasionada más un respeto diligente por las convicciones ajenas. Como sabe cualquier americano, resulta difícil cultivar y mantener un espíritu como este, sobre todo cuando se tratan cuestiones que a uno le despiertan sentimientos fuertes. Igualmente duro de conseguir es el criterio de cien por cien integridad intelectual de los Espíritus Democráticos: hay que estar dispuesto a mirarle con honestidad a ti mismo y a examinar los motivos que te llevan a creer en las cosas que crees, y a hacerlo más o menos de forma continua.

Esta clase de cosas va más allá del simple civismo como americanos. El verdadero Espíritu Democrático está al mismo nivel que la fe religiosa y la madurez emocional y todas esas cualidades que hay en lo alto de la Pirámide de Maslow y en las que la gente se pasa la vida entera trabajando. El rigor y la humildad y sinceridad con uno mismo que constituyen el Espíritu Democrático son, de hecho, tan difíciles de mantener en relación con ciertas cuestiones que resulta casi irresistiblemente tentador alinearse con algún bando establecido y dogmático y volverse Inflexible y creer que los demás bandos⁹ son o bien malvados o bien están locos y gastar todo el tiempo y energía que uno tiene intentando gritar más fuerte que ellos.

Sostengo, pues, que es indisputablemente más fácil ser Dogmático que Democrático, sobre todo al tratar temas que son al mismo tiempo controvertidos y muy emocionales. Sostengo también que las cuestiones relacionadas con «lo correcto» en el uso del inglés americano contemporáneo son al mismo tiempo controvertidas y muy emocionales, y que las preguntas fundamentales que suscitan son preguntas cuyas respuestas no hay que limitarse a encontrar, sino que hay que *resolverlas* literalmente. Un rasgo distintivo del *ADMAU* es que su autor está dispuesto a reconocer que un diccionario de uso de la lengua no es una biblia, ni siquiera un libro de texto, sino más bien el simple registro de los intentos que ha hecho una persona inteligente de resolver las respuestas a una serie de preguntas muy difíciles. A mí me parece que esta voluntad responde a un Espíritu Democrático. La gran pregunta es si dicho espíritu hace peligrar la capacidad que Bryan Garner tiene de presentarse a sí mismo como una «autoridad» genuina en materia de uso de la lengua. Valorar el libro de Garner, por tanto, requiere que sigamos la pista de la muy extraña y complicada relación entre Autoridad y Democracia en lo que nosotros como cultura hemos decidido que es el inglés. Esa relación, como dirían muchos americanos cultos, todavía se encuentra en pleno desarrollo hoy día.

A Dictionary of Modern American Usage no tiene Plantilla de Redactores ni Comisión de Personalidades. Ha sido concebido, investigado y escrito *ab ovo usque ad mala* por el señor Bryan A. Garner. Este Garner es un tipo interesante. Es al mismo tiempo abogado y experto en el uso de la lengua (lo cual parece un poco como ser traficante al por mayor de narcóticos y agente de la DEA). Su *A Dictionary of Modern Legal Usage* de 1987 ya es un pequeño clásico; y ahora, después de dejar la abogacía, se dedica a dirigir seminarios de escritura para licenciados en derecho y a hacer de consultor de estilo para varios organismos

⁹ (Parece ser una ley natural el que los bandos solamente se forman por oposición a otros bandos y que siempre hay por lo menos dos en relación con cualquier cuestión compleja.)

judiciales. Garner es también el fundador de algo llamado la H.W. Fowler Society,¹⁰ un grupo mundial de trekkies del uso de la lengua que se divierten mandándose entre ellos meteduras de pata lingüísticas recortadas de distintas publicaciones. El tal Garner es un SNOOT genuino de la línea dura.

El lúcido, interesante y extremadamente ambiguo prefacio al *ADMAU* sirve para confirmar la SNOOTitud de Garner *de Jacto* y al mismo tiempo relativizarla con su tono. Para empezar, mientras que el experto tradicional en uso de la lengua cultiva una voz remota e imperial -de esas que se refieren a sí mismas como «uno» o «nosotros»-, Garner nos dedica una viñeta casi waltoniana de sus antecedentes personales:

Me di cuenta muy temprano, a los 15 años,¹¹ de que mi interés intelectual primario era el uso de la lengua inglesa [...] Se convirtió en una pasión que lo consumía todo [...] Leí todo lo que pude sobre el tema. Luego, una tarde de invierno en que yo estaba de visita en Nuevo México a los 16 años descubrí la obra *Usage and Abuse* de Eric Partridge. Me quedé fascinado. Nunca había tenido en las manos un libro tan excitante [...] Baste decir que para cuando cumplí 18 años, ya me sabía de memoria la mayoría de los textos de Fowler, Partridge y sus sucesores.

Aunque este reseñista lamenta que el apunte biográfico no mencione en ningún momento los costes sociales más bien importantes de ser un adolescente cuya pasión absoluta sea el uso de la lengua inglesa,¹² me quito el sombrero crítico ante otra afable sección introductoria, la que Garner titula «Principios básicos»: «Antes de continuar, tengo que explicar mi método. Esto es algo que no suelen hacer los autores de diccionarios de uso de la lengua; algo sin precedentes, por lo que yo sé. Pero una guía para escribir bien solo será buena si lo son los principios en que se basa. Y es natural que los usuarios estén interesados en esos principios. Así pues, en aras de ser completamente abierto...».¹³

Eso de «sin precedentes» y «completamente abierto» son en realidad puyas amables a los predecesores fowlerianos de Garner, y también un ligero guiño a uno de los bandos de las guerras que han estado abiertas tanto en la lexicografía como en el mundo educativo ya desde que se publicó el notoriamente liberal *Webster's Third New International Dictionary* en 1961, que incluía términos como *height* e *irregardless* sin añadirles ninguna etiqueta de control. Pueden pensar en el *Webster's Third* como una especie de batalla de Fort Sumter de

¹⁰ Si Samuel Johnson es el Shakespeare del uso de la lengua inglesa, piensen en Henry Watson Fowler como el equivalente a Eliot o Joyce. Su *A Dictionary of Modern English Usage* de 1926 es el abuelo de las guías de uso modernas, y su escritura seca como el hueso y su imperiosidad descarada han servido de modelo para todos los clásicos posteriores, desde *Usage and Abuse* de Eric Partridge hasta *The Careful Writer* de Theodore Bernstein o *Modern American Usage* de Wilson Follett o el *Webster's Dictionary of English Usage* (1989) de E. Ward Gilman.

¹¹ (Garner prescribe escribir con letras solo los números por debajo del diez. A mí me enseñaron que esa norma se aplica solo al inglés de negocios, y que en todas las demás modalidades se escribe con letras hasta el diecinueve y se empiezan a usar cardinales a partir del 20. *De gustibus non est disputandum.*)

¹² A juzgar por mi experiencia personal, les puedo asegurar que a todos los niños que sean así los van a marginar en el mejor de los casos, y en el peor les van a tirar de los calzoncillos de forma salvaje y repetida: véase más adelante.

¹³ Lo que sigue a esto en el prefacio son «los diez puntos cruciales que, después de trabajar durante años en problemas de uso de la lengua, he establecido». Estos puntos son demasiado complejos para tratar con ellos de forma individual, pero un par de ellos son extremadamente peliagudos; p. ej., «10. Uso real. En última instancia, el uso real de los hablantes y escritores cultos es el criterio más general de corrección», puesto que los términos «cultos» y «real» requerirían bastantes páginas de clarificación abstracta y cualificación para apuntalarlos contra ataques relacionados con las Guerras del Uso de la Lengua. Sin embargo, Garner, de forma bastante ingeniosa, decide definirlos y defenderlos mediante su aplicación dentro de su mismo diccionario. La capacidad de Garner no solamente para permanecer al margen de determinadas discusiones sino también quitarles toda su relevancia termina siendo muy importante: véase mucho de lo que sigue.

las Guerras Contemporáneas del Uso de la Lengua. Estas guerras son a la vez el contexto y el objetivo de una estrategia retórica muy sutil que hay en *A Dictionary of Modern American Usage*, y sin hablar de ellas es imposible explicar por qué el libro de Garner es al mismo tiempo tan bueno y tan ambiguo.

Nosotros los ciudadanos normales solemos acudir a El Diccionario en busca de una autoridad que nos guíe.¹⁴ Casi nunca, sin embargo, nos preguntamos quién decide exactamente qué es lo que entra en el diccionario o qué palabras u ortografías o pronunciaciones son declaradas pobres o incorrectas. ¿De dónde viene la autoridad de los autores de diccionarios para decidir lo que está bien y lo que no? Al fin y al cabo, nadie los ha puesto en su cargo mediante unos comicios. Y la simple apelación a los precedentes o las tradiciones no funciona, porque lo que se considera correcto cambia con el tiempo. En el siglo XVII, por ejemplo, la segunda persona del singular se conjugaba con el verbo en singular: «You is». Y antes todavía, el pronombre estándar de la segunda persona no era *you* sino *thou*. Cantidades enormes de palabras que ahora son aceptables como *clever*, *fun*, *banter* y *prestigious* entraron en el inglés en calidad de lo que las autoridades del uso consideraban errores o jerga atroz. Y no solamente cambian con el tiempo las convenciones sobre el uso, sino también el mismo idioma inglés. De no ser así, estaríamos todos hablando todavía como Chaucer. ¿Quién puede decir qué cambios son naturales y buenos y cuáles son corrupciones? Y cuando Bryan Garner o E. Ward Gilman se arrogan la potestad de decirlo, ¿por qué tenemos que creerles?

Esta clase de preguntas no son nuevas, pero sí es cierto que ahora revisten cierta urgencia. América está en medio de una prolongada Crisis de Autoridad en cuestiones de lenguaje. Para ser breves, la misma clase de agitación política que provocó todo lo ocurrido desde los incidentes de la Kent State University hasta los Independent Counsels generó también una influyente escuela anti-SNOOT para la cual los estándares normativos de la gramática inglesa y el uso de la lengua son simples funciones de la costumbre y de la docilidad ovina de una población que permite que los autoproclamados expertos del lenguaje les vayan dando órdenes. Vean por ejemplo lo que dice Steven Pinker del Massachusetts Institute of Technology en un famoso artículo publicado en el *New Republic*. «Una vez introducida, una norma preceptiva es muy difícil de erradicar, por ridícula que sea. Dentro de la institución de la escritura, las normas sobreviven gracias a la misma dinámica que perpetúa las mutilaciones genitales rituales». O bien, usando un tono emocional más discreto, lo que dice Bill Bryson en *Mother Tongue: English and How It Got That Way*:

¿Quién establece todas esas normas que conocemos desde niños: la idea de que nunca tenemos que terminar una frase con una preposición ni empezarla con una conjunción, que tenemos que usar la expresión «each other» para hablar de dos cosas y «one another» para más de dos...? La respuesta, con sorprendente frecuencia, es que no lo hace nadie, que cuando uno mira el trasfondo de esas normas, a menudo carecen en gran medida de base.

En el prefacio del *ADMAU*, el mismo Garner trata del tema de la autoridad con simplicidad trumaniana y con una sinceridad que al mismo tiempo disimulan la astucia del autor y constituyen un ejemplo de la misma:

Tal como ustedes ya pueden sospechar, no me da vergüenza hacer juicios. Me imagino que la mayoría de los lectores prefieren que sea así. A los lingüistas no les gusta, por supuesto, porque los juicios requieren subjetividad.¹⁵ No son científicos. Pero la retórica y el uso de la lengua, tal como los

¹⁴ No hay mejor indicación de la autoridad de El Diccionario que el hecho de que lo usamos para resolver apuestas. Mi padre sigue a día de hoy viviendo de las rentas de una altísima apuesta sobre la forma correcta de escribir *meringue*, una apuesta hecha el 14 de septiembre de 1978.

¹⁵ Esta es una verdad a medias de lo más astuto. Los lingüistas solamente constituyen una parte del bando

ve la mayoría de los escritores profesionales,¹⁶ no son empeños científicos. Lo que ustedes¹⁷ quieren no son descripciones desapasionadas; lo que quieren es una referencia firme. Y eso requiere buen juicio.

Se podrían escribir monografías enteras solamente sobre la maestría retórica de este pasaje. Además de lo que se dice en nota 16, fíjense por ejemplo en el ingenioso equívoco del término «juicio», que en la frase «no me da vergüenza hacer juicios» quiere decir emitir veredictos (y por lo tanto suscita cuestiones relacionadas con la Autoridad), pero que en la frase «Y eso requiere buen juicio» se refiere en cambio a la perspicacia, el discernimiento y la razón. Tal como deja claro el cuerpo del *ADMAU*, una parte de la estrategia global de Garner consiste en desdibujar estas dos acepciones distintas de «juicio», o más bien en usar la segunda acepción como justificación de la primera. Lo más importante que hay que reconocer aquí es 1) que Garner no estaría haciendo nada de todo esto si no fuera *intencionalmente* consciente de la Crisis de Autoridad que hay en el uso moderno de la lengua, y 2) que su respuesta a esta crisis es -en el mejor Espíritu Democrático- retórica.

Así pues...

COROLARIO A LA DECLARACIÓN DE LA TESIS DEL CONJUNTO DEL ARTÍCULO

El rasgo más sobresaliente y oportuno del diccionario de Bryan A. Garner es que su proyecto es a la vez lexicográfico y retórico. Su estrategia principal pasa por lo que en la retórica clásica se conoce como la Apelación Ética. Aquí el adjetivo, que deriva del griego *ethos*, no se refiere exactamente a lo que solemos llamar *ética*. Aunque las dos ideas son afines. Lo que viene a ser la Apelación Ética es una versión compleja y sofisticada de la idea de «Confíen en mí». Es la más valiente, ambiciosa y también la más democrática de las Apelaciones retóricas porque requiere que el rétor nos convenza *no* solamente de su agudeza intelectual o de su competencia técnica sino también de su decencia básica y de su ecuanimidad y de su sensibilidad hacia las esperanzas y miedos de la audiencia.¹⁸

Estas últimas no son cualidades que se suelen asociar con la tradicional autoridad SNOOT del uso de la lengua, una figura que para muchos americanos ejemplifica el

contrario a los juicios, y sus objeciones a los juicios sobre uso de la lengua se deben a mucho más que la simple «subjetividad».

¹⁶ Veán, por favor, la sutil apelación que se hace aquí al mismo «estamento de los escritores» del que Steven Pinker se burla. Esto no es accidental; es una maniobra retórica.* Lo astuto del caso es que este es uno de los varios lugares en los que Garner usa a escritores y editores profesionales como apoyo de sus afirmaciones, y al mismo tiempo en el prefacio también trata a estos profesionales del idioma como *el público* principal de su *ADMAU*, como p. ej. en: «El problema de los escritores y editores profesionales es que no pueden sentarse sin más a esperar qué rumbo toma el idioma. Los escritores y editores, de hecho, influyen en ese rumbo: están obligados a tomar decisiones [...] Esa ha sido tradicionalmente la tarea del diccionario de uso: ayudar a los escritores y editores a resolver dificultades editoriales».

Esta es la misma maniobra retórica que el presidente R.W. Reagan perfeccionó en sus discursos televisados de *dejo-de-lado-al-Congreso-y-me-dirijo-directamente-a-la-gente*, una maniobra que desde entonces han imitado muchos políticos listos. Consiste en citar al mismo público al que uno se está dirigiendo como fuente de aprobación de tus propuestas: «Esta noche me complace anunciar que estamos dando los primeros pasos para implantar las políticas que ustedes me han elegido para que yo implante», etcétera. La táctica es tramposa porque 1) halaga al público, 2) disfraza el hecho de que el verdadero propósito del rétor es persuadir y obtener apoyo, no informar ni celebrar, y 3) se adelanta a las acusaciones de la leal oposición de que la política que en realidad se está proponiendo es de alguna forma contraria a los intereses del público. No estoy sugiriendo que Bryan Garner tenga ninguna agenda política en concreto. Simplemente estoy señalando que el prefacio del *ADMAU* es fundamentalmente retórico del mismo modo que lo eran las pequeñas charlas con América de Reagan.

* (En caso de que no sea totalmente obvio, sepan ustedes que este artículo está usando el término «retórico» en su sentido estrictamente tradicional, algo así como «el uso persuasivo del lenguaje para influir en los pensamientos y acciones de un público».)

¹⁷ ¿Lo ven?

¹⁸ En este último sentido, recuerden por ejemplo el «Siento su dolor» de W.J. Clinton, que fue un ejemplo pasmoso aunque no especialmente hábil de Apelación Ética.

esnobismo y la intransigencia, y una figura cuya imagen moderna no ha mejorado precisamente gracias a cosas como las que dice Morris Bishop, miembro de la Comisión de Personalidades del Uso de la Lengua del *American Heritage Dictionary*: «Los redomados solecismos de los ignorantes serán aquí omitidos por completo, sin importar cómo les pueda sentar esta ausencia», o el crítico John Simón: «El idioma inglés es tratado hoy día exactamente igual que los antiguos esclavistas trataban sus mercaderías». Comparen las voces autoriales de estas frases con la de Garner en, por ejemplo: «El uso del inglés es tan difícil que hasta los escritores con experiencia necesitan una guía de vez en cuando».

Lo importante aquí va a ser que *A Dictionary of Modern American Usage* le confiere en gran medida toda la confianza que su Apelación Ética está pidiendo. Lo interesante es que esta confianza no deriva tanto de la calidad lexicográfica del libro como de la voz del autor y del espíritu que este cultiva. El *ADMAU* es un diccionario de uso amable en el mejor sentido de la palabra «amable». El espíritu del libro aúna rigor con humildad de una forma que permite a Garner ser extremadamente preceptivo sin ningún rasgo de evangelismo ni ningún desprecio elitista. Esto es un logro extraordinario. Entender por qué es básicamente un logro *retórico*, y por qué esto es al mismo tiempo históricamente significativo y (en opinión de este reseñista) políticamente redentor, requiere una mirada más detallada a las Guerras del Uso de la Lengua.

A ustedes les quedaría muy claro que la lexicografía tiene entresijos si leyeran los distintos ensayos introductorios de los diccionarios modernos: textos como «A Brief History of English Usage», incluido en el *Webster's Dictionary of English Usage*, o «Linguistic Advances and Lexicography», incluido en el *Webster's Third*, o «Good Usage, Bad Usage, and Usage», incluido en la segunda edición del *American Heritage Dictionary*, o «Usage in the Dictionary: The Place of Criticism», incluido en la tercera edición del *American Heritage Dictionary*. Pero casi nadie se molesta nunca en leer estas pequeñas introducciones, y no es solo por su tipografía diminuta ni por el hecho de que los diccionarios pesan mucho sobre el regazo. Es porque esas introducciones no están realmente destinadas a ustedes ni a mí ni al ciudadano normal que acude a El Diccionario solo para ver cómo deletrear (por ejemplo) *meringue*. Están destinadas al resto de los lexicógrafos y críticos; y de hecho no son en absoluto introductorias, sino polemistas. Son andanadas en las Guerras del Uso de la Lengua que se han estado librando desde que el editor Philip Gove intentó por primera vez aplicar los principios neutros de la lingüística estructuralista a la lexicografía en el *Webster's Third*. La ya famosa respuesta de Gove a los conservadores que pusieron el grito en el cielo¹⁹ cuando el *Webster's Third* apoyó la palabra *OK* y describió *ain't* como una contracción «usada coloquialmente por muchos hablantes cultos de muchas regiones de Estados Unidos» fue la siguiente: «Un diccionario no debe tener nada que ver con nociones artificiales de lo que es correcto o de lo que es superior. Tiene que ser descriptivo y no normativo». Los términos usados por Gove calaron y se convirtieron en epítetos, y ahora a los lingüistas conservadores se los conoce formalmente como normativistas y a los lingüistas liberales como descriptivistas.

Los primeros son más conocidos, aunque no gracias a los prólogos de los diccionarios

¹⁹ En serio, *el grito en el cielo*: reseñas virulentas y editoriales furiosos por todo el país, desde el *New York Times* y el *New Yorker* hasta el *National Review* y el bueno del *Life*, o vean, p. ej., este fragmento publicado por el *Atlantic Monthly* de enero de 1962: «Hemos visto una novedosa fórmula para hacer diccionarios improvisada en su mayor parte a base de juicios apresurados y de esa clase de mejoras teóricas que en la práctica empeoran las cosas; y hemos visto las puertas abiertas de par en par en gesto de hospitalidad entusiasta a toda clase de confusiones y corrupciones. En resumen, la tan aguardada* obra que tenía que coronar la lingüística cisatlántica con una gloria especial resulta ser un escándalo y un desastre».

* (*Sic*: es obvio que tendría que poner «la tan esperada». *Nemo mortalium omnibus horis sapit.*)

ni a los académicos fowlerianos. Cuando uno lee las columnas de William Safire o de Morton Freeman o libros como *Strictly Speaking* de Edwin Newman o *Paradigms Lost* de John Simón, lo que está leyendo realmente es normativismo popular, un género suplementario de ciertos periodistas (la mayoría hombres mayores y la mayoría de los cuales realmente lleva pajarita)²⁰ cuya ironía divertida a menudo enmascara una furia digna del coronel Blimp por la forma en que el amado idioma inglés de su juventud está siendo despedazado en el presente decadente. Hay una parte del normativismo popular que es graciosa e inteligente, aunque la mayoría suena a vejetes gruñendo sobre la vulgaridad de las costumbres modernas.²¹ Y una parte del NP es ofensivamente cerrado de miras y troglodítico, como por ejemplo el desprecio simplista que se muestra en *Paradigms Lost* hacia el inglés negro estándar: «En cuanto a "I be", "you be", "he be", etcétera, que tendrían que ponernos a todos los pelos de punta, pueden ser fenómenos comprensibles, pero van contra todas las gramáticas aceptadas clásicas y modernas y son el producto no de un idioma con raíces en la historia sino de la ignorancia de cómo funciona un idioma». Pero lo verdaderamente interesante es que el tono plutocrático y el ingenio estíptico de Newman y Safire y los mejores normativistas populares está modelado a partir de las voces de mandarines británicos como Eric Partridge y H.W. Fowler, las mismas torres gemelas del normativismo académico que Garner cuenta que veneraba cuando era chaval.²²

Los descriptivistas, por otro lado, no tienen columnas semanales en el *New York Times*. Suelen ser académicos redomados, en su mayoría lingüistas o teóricos de la escritura. Vagamente organizados bajo el estandarte de la lingüística estructural (o «descriptiva»), son positivistas doctrinarios que tienen sus raíces intelectuales en Comte, Saussure y L. Bloomfield,²³ y sus raíces ideológicas firmemente plantadas en la cultura americana de los años sesenta. La breve mención explícita que el prefacio de Garner hace de este grupo...

En algún momento del proceso, sin embargo, los diccionarios de uso fueron secuestrados por los lingüistas descriptivistas,²⁴ que tienen una visión científica del lenguaje. Para el descriptivista puro, es inadmisibles decir que una forma de lenguaje es mejor que otra: mientras la diga un hablante nativo, es válida; y cualquiera que diga lo contrario es un

²⁰ Es cierto: Newman, Simón, Freeman, James J. Kilpatrick... ¿tardará mucho en llegar un best-seller sobre uso de la lengua escrito por George F. Will?

²¹ Hasta el difunto Edwin Newman, el más reflexivo y menos hemorroidal de los SNOOT populares, deja a veces que asome su coronel Blimp interior, como p. ej. en: «No tengo ningunas ganas de vestirme como se visten muchos jóvenes de hoy día [...] No tengo ningunas ganas de estropearme el oído escuchando su música, y el problema de incomunicación entre una banda de rock electrónico y yo es algo que aprecio con devoción y que odiaría ver desaparecer».

²² Noten, por ejemplo, el meollo de mordacidad (y el «nosotros» regio) de este fragmento al azar de *Usage and Abuse* de Partridge: anxious of. «I am not hopeless of our future. But I am profoundly anxious of it». Beverley Nichols, *News Of England*, 1938: un texto que nos dejó profundamente «anxious for» (o «about»), y no «of», el futuro literario del señor Nichols. O fíjense en la condescendencia casi vertiginosa de Fowler, que aquí habla del hábito que tiene alguna gente de usar palabras como *viable* o *verbal* para referirse a cosas que no son lo que esas palabras significan:

Extensión descuidada del uso [...] tiene una mayor tendencia a ocurrir cuando algún accidente le otorga a la gente inculta la posesión de palabras de origen culto, tanto más si están aisladas o tienen pocos parientes en el idioma vernáculo [...] El significado original de *feasible* es simplemente «factible» (del latín *facere*, «hacer»). Pero para la gente inculta no es más que una prenda, cuyo valor tiene que deducir de los contextos en los que la oye usar, porque los parientes que la palabra tiene en inglés -*feat*, *feature*, *faction*- o bien no consiguen mostrar el parecido de familia que esa gente está acostumbrada a percibir en las familias de palabras indígenas o bien están (como *malfeasance*) fuera de su alcance.

²³ Para información de ustedes, *Language* (1933) de Leonard Bloomfield vino a fundar en gran medida la lingüística descriptiva al afirmar que el verdadero objeto de estudio no era el lenguaje sino algo llamado la «conducta lingüística».

²⁴ Más chorradas: tal como deja claro el cuerpo del *ADMAU*, Garner sabe con exactitud en qué momento los descriptivistas empezaron a influir sobre las guías de uso.

tonto de capirote [...] En esencia, los descriptivistas y los normativistas están abordando problemas distintos. Los descriptivistas quieren registrar el lenguaje tal y como se usa en la realidad, y llevan a cabo una función útil: aunque su público suele limitarse a aquella gente dispuesta a estudiar minuciosamente enormes volúmenes de investigación completamente árida.²⁵

... es extremadamente insincera, sobre todo la parte que habla de estar «abordando problemas distintos», porque minimiza enormemente la influencia del descriptivismo en la cultura americana. Para empezar, el descriptivismo conquistó la enseñanza del inglés en este país tan deprisa y de forma tan absoluta que prácticamente a todo el mundo que empezó la secundaria después de 1970 le han enseñado a escribir descriptivamente: mediante «escritura libre», «lluvia de ideas», «escribir un diario», es decir, le han enseñado una visión de la escritura como exploración y explicación del yo en lugar de como comunicación, un abandono de la gramática, el uso, la semántica, la retórica y la etimología sistemáticas. Por otro lado, el mismo lenguaje con que hoy día los movimientos socialistas, feministas, de minorías, gays y ecologistas enmarcan sus perspectivas del debate político derivan de la creencia descriptivista en que el idioma inglés tradicional está concebido y perpetuado por hombres WASP privilegiados,²⁶ y que por tanto es inherentemente capitalista, sexista, racista, xenófobo, homofóbico y elitista: en una palabra, injusto. Piensen en el inglés ebónico. Piensen en la Proposición 227. Piensen en los complejos retorcimientos que la gente tiene que llevar a cabo para evitar usar *he* como pronombre genérico, o en la forma tensa y deliberada en que los hombres blancos ahora ajustan sus vocabularios en presencia de gente que no son hombres blancos. Piensen en la moderna omnipresencia de la manipulación del lenguaje o en las discusiones interminables que se producen hoy día por los *nombres* de las cosas: «discriminación positiva» *versus* «discriminación inversa», «pro-vida» *versus* «pro-aborto»,* «trabajador sin papeles» *versus* «inmigrante ilegal», «perjurio» *versus* «desliz», etcétera.

*INTERPOLACIÓN EJEMPLO DE LA APLICACIÓN DE LO QUE LA DECLARACIÓN DE TESIS DE ESTE ARTÍCULO LLAMA ESPÍRITU DEMOCRÁTICO A UN ASUNTO POLÍTICO EXTREMADAMENTE CRISPADO, EJEMPLO QUE ES MÁS RELEVANTE EN RELACIÓN CON EL *ADMAU* DE GARNER DE LO QUE PUEDE PARECER DE ENTRADA

En opinión de este reseñista, la única posición realmente coherente en relación a la cuestión del aborto es una posición que es al mismo tiempo pro-vida y pro-aborto.

Argumento: a día 4 de marzo de 1999, la cuestión de definir la vida humana *in útero* es una controversia recalcitrante. Es decir, dados nuestros mejores conocimientos médicos y filosóficos de qué es lo que hace que alguien sea no solamente un organismo vivo sino también una persona, no hay forma de averiguar en qué punto exacto de la gestación un óvulo fertilizado se convierte en ser humano. Este enigma, junto con la seguridad básicamente indiscutible del principio «Cuando haya una duda irresoluble acerca de si algo es humano o no, es mejor no matarlo», me hace pensar que cualquier americano razonable tendría que ser pro-vida. Al mismo tiempo, sin embargo, el principio «Cuando haya una duda irresoluble sobre algo, yo no tengo ni el derecho legal ni el moral a decirle a

²⁵ Los sentimientos más SNOOT de Garner sobre la prosa de los lingüistas salen a la luz en su prefacio a través de sus recuerdos de estudiante universitario con ciertos eminentes profesores descriptivistas: «Lo que más me preocupaba era que no escribían bien: sus creaciones eran mejunjes espantosos. Si ustedes lo dudan, cojan cualquier revista de lingüística. Pregúntense si los artículos están bien escritos. Si hace tiempo que no hojean una, se van a quedar horrorizados».

INTERPOLACIÓN El aparte de Garner sobre cómo escriben los lingüistas tiene aplicaciones más amplias, aunque el *ADMAU* casi nunca las hace explícitas. La verdad es que la mayoría de la prosa académica americana es atroz: pomposa, obtusa, claustral, inflada, ostentosa, pleonástica, plagada de solecismos, de sesquipedales, heliogabaliana, ocluida, ininteligible, llena de jerga y vacía: resplandecientemente muerta. Véase una INTERPOLACIÓN textual que hay mucho más adelante.

²⁶ (lo cual de hecho es verdad)

otra persona qué tiene que hacer al respecto, sobre todo si esa persona siente que él o ella *no* tiene dudas» es una parte irrefutable del pacto democrático que todos los americanos hacemos los unos con los otros, un pacto en el que cada ciudadano adulto tiene derecho a ser un agente moral autónomo; y este principio me hace pensar que cualquier americano razonable tendría que ser pro-aborto.

Este reseñista es por tanto, como ciudadano privado y como agente autónomo, al mismo tiempo pro-vida y pro-aborto. No es una posición que resulte fácil ni cómoda de mantener. Cada vez que alguien que conozco decide abortar me veo obligado a creer simultáneamente que está cometiendo una equivocación y que tiene todo el derecho a hacerlo. Además, por supuesto, tengo al mismo tiempo que creer que una posición pro-vida + pro-aborto es la única que es verdaderamente coherente y contener mi impulso de intentar imponer esa posición a otra gente cuyas convicciones ideológicas o religiosas parezca (o me parezca a mí) que van en contra de la razón y muestren (en mi opinión) una posición dogmática chiflada. Esta contención tiene que mantenerse incluso cuando la posición dogmática chiflada de alguien parezca (o me lo parezca a mí) rechazar la misma tolerancia democrática que evita que yo intente imponer mi posición sobre él /ella; y que requiere que yo ni insista ni discuta ni me venga aun cuando alguien me llame Esbirro de Satanás u Otro Típico Hombre Capullo, una paciencia que representa los verdaderos límites externos y crispantes de mi Espíritu Democrático personal.

Dejando de lado las palabrotas de los chiflados, solamente he encontrado una objeción grave a esta posición pro-vida + proaborto. Pero es una objeción poderosa. No tiene que ver con mi posición *per se*, pero sí con ciertas cosas de mí, la persona que la ha desarrollado y mantenido. Si esto les resulta a ustedes al mismo tiempo turbio y extremadamente remoto de todo lo que tiene que ver con el uso del inglés americano, yo les prometo que más adelante se volverá casi atrocamente claro y relevante.

La revolución descriptivista es un poco larga de explicar, pero merece la pena hacerlo. El rechazo que la lingüística estructuralista lleva a cabo de las normas de uso convencionales se basa en dos tipos de argumentos. El primero es académico y metodológico. En esta era de tecnología, afirman algunos descriptivistas, es el método científico —clínicamente objetivo, despojado de valores, basado en la observación directa y en las hipótesis demostrables— el que tendría que determinar tanto el contenido de los diccionarios como los estándares del inglés «correcto». Debido a que el lenguaje nunca para de evolucionar, esos estándares siempre van a ser fluidos. La ya clásica introducción que hace Philip Gove al *Webster's Third* traza los cinco edictos básicos de este tipo de descriptivismo: «1. El lenguaje cambia continuamente; 2. El cambio es normal; 3. La lengua que se habla *es* la lengua; 4. La corrección se basa en el uso; 5. Todo uso es relativo».

Estos principios a primera vista parecen bien: sencillos, sensatos y formulados en la insulsa prosa sujeto-verbo-objeto de la ciencia desapasionada. Pero en realidad son vagos y confusos y uno tarda unos tres segundos en pensar réplicas razonables a casa uno de ellos, véase:

1. Vale, pero ¿cuánto y a qué ritmo?

2. Lo mismo. ¿Es el flujo heracliteano tan normal o deseable como el cambio gradual? ¿Acaso hay cambios que sirven mejor que otros al dinamismo global del idioma? ¿Y cuánta gente tiene que desviarse de cuántas convenciones antes de que digamos que el lenguaje ha cambiado realmente? ¿Un diez por ciento? ¿Dónde se traza la línea divisoria? ¿Y quién la traza?

3. Esta es una vieja afirmación, que por lo menos se remonta al *Fedro* de Platón. Y es

engañoso. Si Derrida y los famosos deconstructivistas han hecho alguna cosa, ha sido desbancar con éxito la idea de que el habla es la instancia primaria del lenguaje.²⁷ Además, consideren ustedes la extraña arrogancia de que hace gala el punto 3 de Gove en relación con la corrección. Solamente los normativistas más parecidos a mulas se preocupan del inglés hablado; la mayoría de las guías de uso normativas tratan del inglés estándar *escrito*.²⁸

4. Vale, pero ¿el uso de quién? El punto 4 de Gove pide a gritos la pregunta. Lo que él quiere sugerir ahí, creo, es una inversión de la tradicional relación de implicación que hay entre normas abstractas y uso concreto: en lugar de que el uso se corresponda de forma ideal con un conjunto rígido de reglas, las reglas son las que deberían corresponder a la forma en que la gente real usa en la realidad el lenguaje. Nuevamente, vale, pero ¿qué gente? ¿Los latinos urbanos? ¿Los brahmanes de Boston? ¿Los campesinos del Medio Oeste? ¿Los neogaélicos de los Apalaches?

5. ¿Eh? Si esto quiere decir lo que parece que quiere decir, entonces a todo el argumento de Gove le termina saliendo el tiro por la culata. El principio 5 parece implicar que la respuesta correcta a la pregunta anterior de «¿qué gente?» es: todo el mundo. Y es fácil mostrar por qué esto no se sostiene como principio lexicográfico. El problema más obvio que presenta es que no todo puede entrar en El Diccionario. ¿Por qué no? Bueno, pues porque no se puede observar y registrar hasta el último fragmento del «comportamiento lingüístico» del último hablante nativo, y aunque se pudiera, el diccionario resultante pesaría dos mil toneladas y habría que actualizarlo a cada hora.²⁹ Lo cierto es que cualquier lexicógrafo va a tener que tomar decisiones sobre lo que entra y lo que no. Y esas decisiones se basan en... ¿qué? Así que volvemos a estar donde empezamos.

Es verdad que, en calidad de SNOOT, tengo una predisposición natural a buscar defectos en el argumento metodológico de Gove y sus colegas. Pero es que estos defectos siguen pareciendo pasmosamente fáciles de encontrar. Probablemente el mayor de ellos es que la «lexicografía científica» de los descriptivistas —dentro de la cual, recuerden, el diccionario inglés ideal es básicamente pura contabilidad: observar de alguna forma todos los actos lingüísticos de todos los hablantes nativos/nacionalizados del idioma inglés y meter la suma de todos estos actos entre dos cubiertas y llamarlo El Diccionario— implica una noción increíblemente tosca y anticuada de lo que significa «científico». Requiere una fe ingenua en la objetividad de la ciencia, para empezar. Hasta en las ciencias físicas, todo lo que va de la mecánica cuántica a la teoría de la información ha demostrado que un acto de observación es en sí mismo parte del fenómeno observado y resulta analíticamente inseparable del mismo.

Si recuerdan ustedes sus antiguas clases de inglés en la universidad, hay una analogía

²⁷ (Véase lo que se dice sobre el «Pharmakon» en *La diseminación* de Derrida, aunque probablemente lo mejor que pueden hacer es confiar en mí.)

²⁸ Al inglés escrito estándar (IEE) a veces se lo llama inglés estándar (IE) o inglés culto, pero el énfasis en la escritura es el mismo. Véase por ejemplo la definición que da *The Little, Brown Handbook* del inglés estándar como «el inglés que normalmente usan los lectores y escritores cultos y que se espera de ellos».

SEMI-INTERPOLACIÓN

Mencionemos también que el prefacio de Garner caracteriza explícitamente al público al que se dirige su diccionario como «escritores y editores». Y hasta los anuncios del ADMAU que han publicado recientemente órganos como el *New York Review of Books* están contruidos en torno al eslogan: «Si le gusta ESCRIBIR... Acuda a nosotros».*

* (Este reseñista SNOOT no puede evitar observar en que en este anuncio la «a» inicial de «acuda» no debería ir en mayúsculas después de una cláusula dependiente seguida de elipsis. *Quandoque bonus dormitat Homerus*.)

²⁹ De acuerdo, se podría hacer un megadiccionario a tiempo real que lo compilara todo en Internet, aunque haría falta un pequeño ejército de webmasters léxicos y un ejército mucho más grande de reporteros *in situ* que registrarán el uso real y de técnicos en seguimiento. Además, saldría caro a una escala equiparable al Producto Nacional Bruto (...y además, ¿qué sentido tendría?).

aquí que señala los líos en que se meten los académicos cuando confunden observación con interpretación. Se trata de los Nuevos Críticos.³⁰ Recuerden su fe en que había que concebir la crítica literaria como tarea «científica»: el crítico era un observador muy bien formado, neutral, metódico e imparcial cuya tarea era encontrar y describir de forma objetiva significados que estaban allí, literalmente dentro de las obras literarias. El que ustedes sepan o no lo que le pasó a la reputación de la Nueva Crítica depende de si estudiaron ustedes inglés en la universidad más o menos después de 1975; baste decir que su estrella se ha apagado. Los Nuevos Críticos tenían el mismo problema básico que los descriptivistas metodológicos de Gove: creían que existía la observación imparcial. Y que los significados lingüísticos podían existir «objetivamente», separados de todo acto interpretativo.

El sentido de la analogía es que las alegaciones de objetividad en el estudio del lenguaje ahora son tema de bromas y escalofríos. Los supuestos positivistas que subyacen al descriptivismo metodológico han sido completamente refutados y desplazados —en literatura por el auge del postestructuralismo, la crítica basada en la respuesta lectora y la teoría de la recepción jaussiana, y en lingüística por el auge de la pragmática— y ahora está más o menos universalmente aceptado que *a)* el significado es inseparable de alguna clase de acto interpretativo y *b)* que los actos interpretativos siempre son parciales, es decir, influidos por la ideología particular del intérprete. Y la consecuencia de *a) + b)* es que no hay forma de evitarlo: las decisiones sobre lo que se mete en El Diccionario y lo que se deja fuera van a estar basadas en la ideología del lexicógrafo. Y todos los lexicógrafos tienen la suya. Suponer que la creación de diccionarios puede de alguna forma evitar o trascender la ideología no es más que suscribir una ideología en concreto, una que puede llamarse de forma apta Positivismo Increíblemente Ingenuo.

Hay una equivocación todavía más importante que los descriptivistas cometen cuando piensan que el método científico desarrollado para usarse en la química y la física es igualmente apropiado para estudiar el lenguaje. Esta equivocación no depende de cosas como la incertidumbre cuántica ni ninguna clase de relativismo posmoderno. Aunque a modo de experimento mental asumiéramos una especie de realismo científico decimonónico —en el cual, por mucho que las interpretaciones que hacen algunos científicos de los fenómenos naturales puedan ser tendenciosas,³¹ podemos suponer que los fenómenos naturales en sí mismos existen de forma completamente independiente tanto de la observación como de la interpretación—, sigue siendo cierto que no se puede hacer ninguna suposición realista de ese calibre acerca de la «conducta lingüística», porque dicha conducta es al mismo tiempo *humana* y fundamentalmente *normativa*.

Para entender por qué esto es importante solamente hay que aceptar la proposición de que el lenguaje es por su misma naturaleza público —es decir, que no existe un lenguaje privado—³² y luego observar la forma en que los descriptivistas parecen desconocer este

³⁰ La expresión «Nueva Crítica» se refiere a T.S. Eliot y a I. A. Richards y a F. R. Leavis y a Cleanth Brooks y a Wimsatt & Beardsley y toda la escuela de Lectura Atenta autotélica que dominó la crítica literaria desde los años treinta hasta bien entrada la década de 1970.

³¹ («INVESTIGADORES DEL INSTITUTO DEL TABACO REFUTAN LAS PRUEBAS DE RELACIÓN CON EL CÁNCER.»)

³² Esta proposición es de hecho cierta, tal como se demuestra interpolativamente más abajo, y aunque la demostración es persuasiva también es, tal como pueden ver ustedes por el tamaño de esta nota al pie, extensa y compleja y más bien, hum, densa, así que una vez más tal vez les convenga más a ustedes aceptar sin más la verdad de la proposición y seguir avanzando con el texto principal.

DEMOSTRACIÓN INTERPOLATIVA DEL HECHO DE QUE NO EXISTE UN LENGUAJE PRIVADO

A veces resulta tentador imaginar que puede existir un lenguaje privado. Muchos de nosotros tenemos tendencia a filosofar, sin ser expertos en la materia, sobre la extraña privacidad de nuestros estados mentales, por ejemplo. Y a partir del hecho que cuando me duele la rodilla yo soy el único que lo siente es tentador sacar conclusión de que para mí la palabra «dolor» tiene un significado interno subjetivo que solamente puedo entender yo. Esta línea de pensamiento se parece terror que siente el fumador adolescente de marihuana a que su experiencia interior sea al mismo tiempo privada y no verificable, un síndrome que se conoce

hecho o bien no prestar atención a sus consecuencias, como en el caso de la introducción que hace un tal doctor Charles Fries a un epígono del *Webster's Third* llamado *The American College Dictionary*:

Un diccionario puede ser una «autoridad» solamente en el sentido en que puede serlo un libro de química o física o de botánica: gracias a la precisión y la exhaustividad del registro que lleva a cabo de los datos observados en el campo a examen, de acuerdo con los más recientes principios y técnicas de esa ciencia en particular.

Esto es una tontería tan grande que prácticamente babea. Un texto de física dotado de «autoridad» presenta los resultados de las observaciones de los *físicos* y de las teorías que

técnicamente como Solipsismo Cannábico. Mientras come galletas Chips Ahoy! y sigue con mucha atención un campeonato de golf por la tele, al fumador adolescente de marihuana se le ocurre la posibilidad aterradora de que, p. ej., lo que él percibe como el color verde y lo que el resto de la gente llama «color verde» puedan de hecho no ser la misma experiencia de color en absoluto: el hecho de que tanto él como otra persona digan que son verdes los carriles del campo de golf de Pebble Beach y la luz verde de un semáforo parece garantizar únicamente que existe una consistencia semejante en sus experiencias de los colores de los carriles de los campos de golf y de las luces verdes de los semáforos, no que la cualidad subjetiva real de esas experiencias de color sea la misma. Podría ser que lo que el fumador de marihuana experimenta como verde lo experimenten todos los demás como azul, y que lo que «queremos decir» con la palabra «azul» a lo que «quiere decir» él cuando dice «verde», etcétera, etcétera, hasta que da la línea de pensamiento se vuelve tan controvertida y agotadora que termina repantingado bajo un manto de migas de galleta y paralizado en su sillón.

Lo que quiero decir con esto es que la idea de un lenguaje privado, igual que la idea de los colores privados y todas las demás presunciones solipsistas que este mismo reseñista ha sufrido en varias ocasiones, es al mismo tiempo producto de una ilusión y demostrablemente falsa.

En el caso del lenguaje privado, la ilusión suele basarse en la creencia de que palabras como «dolor» o «árbol» tienen el significado que tienen porque de alguna forma están «conectadas» a una sensación que tengo en la rodilla o a la imagen de un árbol que tengo en la cabeza. Pero tal como demostró el señor L. Wittgenstein con sus *Investigaciones filosóficas* en la década de 1950, la verdad es que las palabras tienen los significados que tienen debido a ciertas normas y pruebas de verificación que se nos imponen desde fuera de nuestras propias subjetividades, es decir, que nos impone la comunidad dentro de la cual tenemos que salir adelante y comunicarnos con otra gente. El argumento de Wittgenstein se centra en el hecho de que una palabra como «árbol» significa lo que significa para mí debido a la forma en que la comunidad de la que formo parte ha acordado tácitamente usar la palabra «árbol». Lo que hace que esta observación sea tan poderosa es que Wittgenstein es capaz de demostrar que es cierta incluso si uno es un fumador adolescente y airado de marihuana convencido de que le resulta imposible verificar que lo que él quiere decir con «árbol» es lo que cualquier otra persona quiere decir con «árbol». El argumento de Wittgenstein es muy técnico pero viene a ser más o menos como sigue:

1. Una palabra no tiene otro significado que la forma en que se usa en la práctica, y aun en el caso de que
2. «La cuestión de si mi uso de la lengua está acorde con el de los demás la he dejado de lado por imposible»,* aun así,
3. La única forma en que se puede usar una palabra con sentido, aun para uno mismo, es usarla «correctamente», y
4. Aquí *correctamente* quiere decir «de forma coherente con mi propia definición» (es decir, que si uso «árbol» una vez para referirme a un árbol y la siguiente vez cambio de idea y uso «árbol» para referirme a una pelota de golf y luego la vez siguiente la uso a lo tonto para referirme a cierta marca de galletas multinacionales altas en calorías, etcétera, entonces, incluso en mi pequeño universo solipsista, «árbol» ha dejado en realidad de tener significado), pero
5. El criterio de la coherencia con mi propia definición solamente se puede satisfacer si existen ciertas normas que sean independientes de cualquier usuario individual del lenguaje (es decir, en este caso, de mí). Sin la existencia de esas normas externas, no hay diferencia entre la declaración «Estoy usando de hecho la palabra «árbol» de forma coherente con mi propia definición» y la declaración «Simplemente me da la impresión de que estoy usando la palabra «árbol» de forma coherente con mi propia definición». La forma básica que tiene Wittgenstein de explicarlo es:

¿Cómo se puede decidir ahora si he usado la palabra [definida en privado] de forma coherente? ¿Cuál será la diferencia entre que yo la haya usado de forma coherente y el hecho de que simplemente me lo *parezca*? ¿O acaso ha desaparecido esta distinción? [...] Si ha desaparecido la distinción entre «correcto» y «parece correcto», entonces también ha desaparecido el concepto *correcto*. De aquí se deriva que las «normas» de mi lenguaje privado solamente son *impresiones* de normas. El que yo tenga la impresión de que cumplo una norma no quiere decir que la cumpla, a menos que haya algo que demuestre que mi impresión es correcta. «Y ese algo no puede ser otra impresión: porque entonces sería como si alguien fuera a comprar varios ejemplares del periódico matinal para asegurarse de que es cierto lo que dice.»

los *físicos* desarrollan sobre esas observaciones. Si un libro de texto de física funcionara de acuerdo con principios descriptivistas, el hecho de que hubiera americanos que creyeran que la electricidad fluye mejor de bajada (basándose en el hecho observado de que los cables eléctricos suelen estar más altos que las casas a las que sirven) requeriría que en ese libro de texto se incluyera la Hipótesis de la Electricidad Fluye Mejor de Bajada como teoría «válida»; del mismo modo que, para el doctor Fries, si algunos americanos usan la palabra *infer* en lugar de *imply* o *aspea* en lugar de *perspective*, esos usos se convierten *ipso facto* en partes «válidas» del lenguaje. La verdad es que los lingüistas estructuralistas como Gove y Fries no son científicos en absoluto. Son encuestadores que malinterpretan la importancia de los «datos» que están registrando. Lo que están observando y poniendo en tablas no son fenómenos científicos, sino más bien un conjunto de conductas humanas, y muchas conductas humanas son -para ser toscos- imbéciles. Intenten, por ejemplo, imaginar un libro de texto de ética dotado de «autoridad» cuyos principios se basaran en lo que hace en la práctica la mayoría de la gente.

Resulta que la gramática y las convenciones de uso se parecen mucho más a principios éticos que a teorías científicas. La razón por la cual los descriptivistas no pueden ver esto es la misma razón por la que eligen contemplar el idioma inglés como la suma de todo lo que

El paso 5 es el decisivo. El paso 5 es lo que muestra que hasta si el adolescente ensimismado decide que él tiene su propia definición privada de «árbol», él mismo no puede inventar las «normas de coherencia» mediante las cuales confirma que está usando «árbol» de la forma en que él lo ha definido en privado: es decir, «La prueba de que estoy cumpliendo una norma tiene que apelar a algo *independiente* de mi impresión de que lo estoy».

Si están pensando ustedes que todo esto resulta no solo horrorosamente abstracto sino también irrelevante para las Guerras del Uso de la Lengua o para cualquier cosa que a ustedes les interese en lo más mínimo, yo sostengo que están ustedes equivocados. Si los sentidos de las palabras y las expresiones dependen de normas transpersonales y estas normas dependen del consenso de la comunidad, entonces el lenguaje no solo no es privado sino que es irreductiblemente *público, político e ideológico*. Esto quiere decir que las preguntas relacionadas con nuestro consenso nacional sobre la gramática y el uso están en realidad conectadas hasta con la última cuestión social que conforma la América del milenio: clase, raza, sexo, moralidad, tolerancia, pluralismo, cohesión, igualdad, justicia, dinero: lo que ustedes quieran.

Y si admiten aunque sea de forma provisional que el significado es el uso y que el lenguaje es público y que la comunicación es imposible sin consenso y normas, entonces verán que el argumento descriptivista queda expuesto a la objeción de que su meta última —el abandono de las normas y convenciones «artificiales» del lenguaje— haría que el mismo lenguaje fuera imposible. Imposible el nivel de Génesis 11, 1-10, una Babel literal. Tiene que haber *algunas* normas y convenciones, ¿no? Tenemos que estar de acuerdo en que «árbol» tiene una *o* y no una *u* y que denota una cosa grande de madera con ramas y no una cosa pequeña de plástico con hoyitos y en la que pone TITLEIST, ¿verdad? ¿Y acaso este acuerdo no será automáticamente «artificial», ya que son seres humanos los que lo están haciendo? En cuanto uno acepta que por lo menos algunas convenciones artificiales son necesarias, entonces se puede llegar a las preguntas realmente Huras e interesantes: ¿cuáles son las convenciones necesarias? ¿Y cuándo? ¿Y dónde? ¿Y quién es el que decide? ¿Y de dónde viene su autoridad para hacerlo? Y como estas son las mismas preguntas que el equipo de Gove cree que la Ciencia Desapasionada puede trascender, su argumento parece culpable tanto de *petitio principii* como de *ignoratio elenchi*, y se puede rechazar de plano en gran medida.

* Debido a que la prosa de las *Investigaciones* es extremadamente gnómica y opaca y consiste en su mayor parte en Wittgenstein teniendo extraños diálogos imaginarios consigo mismo, las citas de aquí son en realidad del parafraseado definitivo que ha llevado a cabo Norman Malcolm del argumento de L.W., una paráfrasis en la que el doctor Malcolm usa comillas simples para marcas de tono y comillas dobles para cuando está citando literalmente a Wittgenstein: lo cual, cuando soy yo el que está citando a Malcolm citando las marcas de tono de Wittgenstein, genera un irritante exceso de comillas, es cierto; pero usar la exégesis de Malcolm permite que esta demostración interpolativa sea un sesenta por ciento más corta de lo que sería si tuviera que lidiar directamente con Wittgenstein.

** Hay todo un argumento en defensa de esto, pero ya pueden ver de forma intuitiva que tiene sentido: si las normas no pueden ser subjetivas, y si no están «ahí fuera» flotando libres en una especie de hiperrealidad metafísica (una hiperrealidad flotante en la que ustedes pueden creer si lo desean, pero sepan que a la gente que cree en esa clase de cosas les suelen obligar a tomar medicación), entonces la única opción verosímil que queda es el consenso de la comunidad.

se dice en inglés: porque confunden simples regularidades con *normas*.

Las normas no son lo mismo que las reglas, aunque se parecen. Una norma puede definirse aquí simplemente como algo que la gente ha acordado que es la forma óptima de hacer ciertas cosas con ciertos propósitos. Tengamos en mente que el lenguaje no ha cobrado existencia porque nuestros peludos antepasados estuvieran sentados en el páramo sin nada mejor que hacer. El lenguaje se inventó para servir a ciertos propósitos muy específicos: «Esa seta es venenosa»; «Entrechoca estas dos piedras y podrás hacer un fuego»; «¡Este refugio es mío!», etcétera. Está claro que, a medida que el tiempo pasa y las comunidades lingüísticas evolucionan, descubren que hay formas de usar el lenguaje que son mejores que otras: no mejores *a priori*, sino mejores con relación a los propósitos de la comunidad. Si damos por sentado que uno de esos propósitos puede ser comunicar qué clases de comida se pueden comer sin peligro, entonces veremos cómo, por ejemplo, un modificador mal puesto podría violar una norma importante: «La gente que come esa seta a menudo se pone enferma» deja al receptor del mensaje sin saber si se va a poner enfermo solamente si come la seta con frecuencia o si tiene muchos números de ponerse enfermo la primera vez que la coma. En otras palabras, la comunidad fungifágica tiene un interés práctico personal en excluir esa clase de modificador mal puesto del uso aceptable. Y dados los propósitos para los que la comunidad usa el lenguaje, el hecho de que cierto porcentaje de individuos tribales la cague y use modificadores mal colocados para hablar de los peligros de la comida no hace *eo ipso* que los modificadores mal puestos sean una buena idea.

Tal vez ahora esté más clara la analogía entre uso de la lengua y ética. Solamente porque a veces la gente mienta, engañe al físico o les grite a los niños, no quiere decir que la gente crea que esas cosas están «bien».³³ El sentido mismo de establecer normas es ayudarnos a evaluar nuestras acciones (incluyendo lo que hablamos) en arreglo a lo que como comunidad hemos decidido que son nuestros verdaderos intereses y propósitos. Ciertamente, este análisis es demasiado simplista; en la práctica cuesta horrores llegar a asumir normas y hacer que sigan siendo por lo menos mínimamente justas, o a veces incluso mostrarse de acuerdo en cuáles son (véanse por ejemplo, las actuales Guerras Culturales). Pero la suposición descriptivista de que todas las normas de uso son arbitrarias y dispensables conduce a... bueno, cómanse una seta. Las diferentes connotaciones de *arbitrario* aquí son engañosas, sin embargo: y eso sirve de transición a la segunda clase principal de argumento descriptivista. En cierto sentido las convenciones lingüísticas específicas son realmente arbitrarias. Por ejemplo, no hay ninguna razón metafísica en particular para que la palabra con que designamos a un mamífero de cuatro patas que da leche y muge sea *cow* y no, por ejemplo, *prtlmpf*. El término sofisticado para llamar a esto es «la arbitrariedad del signo lingüístico»,³⁴ y se usa, junto con ciertos principios de ciencia cognitiva y gramática generativa, en una versión más filosóficamente sofisticada del

³³ De hecho, el razonamiento de los descriptivistas metodológicos es conocido en el terreno de la filosofía social como la falacia del «Bueno, Todo el Mundo Lo Hace»: es decir, que si hay mucha gente que engaña al fisco, eso quiere decir que de alguna forma está bien engañar al fisco. En términos éticos, solamente hacen falta dos o tres pasos deductivos para ir de ahí hasta el Estado Salvaje en el que todo el mundo golpea a todo el mundo en la cabeza y le roba la compra.

³⁴ Esta expresión se atribuye a Ferdinand de Saussure, el filólogo suizo que más o menos inventó la moderna lingüística técnica, al separar el estudio del lenguaje como sistema formal abstracto de los énfasis históricos y comparativos de la filología del siglo XIX. No hace falta decir que a los descriptivistas les cae *muy bien* Saussure. Baste decir que tienen tendencia a leerlo mal y a sacarlo de contexto y a distorsionar sus teorías de toda clase de maneras embarazosas. P. ej., «la arbitrariedad del signo lingüístico» de la que habla Saussure significa algo distinto y mucho más complicado que «Los hablantes ingleses no tienen ninguna necesidad suprema de decir *cow*». (De forma similar, la distinción que establece la lingüística estructuralista entre «conducta lingüística» y «lenguaje» se basa en una mala lectura simplista de la distinción que lleva a cabo Saussure entre *parole* y *langue*)

descriptivismo que considera que las convenciones del inglés estándar escrito se parecen más a las sutilezas de la moda que a normas de verdad. A este «descriptivismo filosófico» no le importan mucho ni los diccionarios ni los métodos; su objetivo es la afirmación SNOOT estándar de que las reglas preceptivas tienen su justificación última en la necesidad que tiene la comunidad de hacer que su lenguaje sea significativo y claro.

La obra *The Language Instinct* (1994) de Steven Pinker es un ejemplo bueno y bastante culto de esta segunda clase de argumento descriptivista, que, igual que la versión de Gove y los demás, suele emplear un tono parecido al de las series de filmas para clases de secundaria tipo «LA CIENCIA: SEÑALANDO EL CAMINO A UN MAÑANA MÁS LUMINOSO»:

Las palabras «regla» y «gramática» significan cosas muy distintas para un científico y para una persona de la calle. Las reglas que la gente aprende (o que más bien no aprende) en la escuela se llaman reglas «normativas», que prescriben cómo uno *tendría que hablar*. Los científicos que estudian el lenguaje proponen reglas «descriptivas», que describen cómo la gente *habla en realidad*. La gramática normativa y la gramática descriptiva son simplemente cosas distintas.³⁵

Lo importante en esta versión del descriptivismo es mostrar que las reglas descriptivas son más fundamentales y mucho más importantes que las reglas normativas. El argumento es como sigue. Que una frase en inglés sea *significativa* no equivale a que sea *gramatical*. O sea, construcciones que están claramente mal formadas como «Did you seen the car keys of me?» [«¿Has viste las llaves del mi coche?»] o «The show was looked by many people» [«El programa lo mirado mucho gente»] son a pesar de todo comprensibles; las frases comunican más o menos la información que están intentando transmitir. Si a esto se le añade el hecho de que nadie que no sufra daños cerebrales graves tipo libro de Oliver Sacks comete nunca esta clase de errores sintéticos graves,³⁶ entonces uno ya tiene la proposición básica de la gramática generativa de N. Chomsky, que es que existe una Gramática Universal por debajo de todos los idiomas y común a todos ellos, además de que probablemente haya una parte del cerebro humano donde se encuentre grabada esa Gramática Universal de la misma forma que los cerebros de los pájaros tienen grabado *Vuela Al Sur* y los de los perros tienen grabado *Huele Genitales*. Existe toda clase de pruebas y argumentos convincentes que apoyan estas ideas, entre las cuales destacan los avances que han podido llevar a cabo con ellas los lingüistas y los científicos cognitivos y los investigadores en el campo de la inteligencia artificial, y sus teorías tienen mucha credibilidad, y son las que aducen los descriptivistas filosóficos para mostrar que como las reglas realmente *importantes* del lenguaje ya están incorporadas en el neocórtex de la gente al nacer, las normas del inglés estándar escrito contra los participios colgados o las metáforas mixtas son básicamente el equivalente lingüístico a los corsés de ballena o los tenedores cortos para la ensalada. Tal como dice Steven Pinker: «Cuando un científico considera toda la maquinaria mental de alta tecnología que hace falta para poner palabras en orden y formar sentencias cotidianas, las reglas normativas son, en el mejor de los casos, decoraciones inconsecuentes».

Este argumento no es el tonel lleno de truchas drogadas que era el descriptivismo metodológico, pero sigue siendo vulnerable a objeciones. La primera es fácil. Aunque sea cierto que estamos todos conectados a una gramática universal, de ahí no se deriva que todas las reglas normativas son superfluas. Algunas de estas reglas parecen realmente estar

³⁵ (Si esta última línea del *pourparler* de Pinker les recuerda a lo que dice Garner de que «En esencia, los descriptivistas y los normativistas están abordando problemas distintos», sepan ustedes que esta similitud no se debe ni a la coincidencia ni a un plagio. Uno de los muchos signos de astucia que tiene el prefacio del *ADMAU* es que a Garner le gusta coger fragmentos de retórica descriptivista y usarlos con fines muy distintos.)

³⁶ Pinker lo explica así: «A nadie, ni siquiera a una chica del valle, le tienen que decir que no diga "Apples the eat boy" ["Manzanas el come niño"] ni "The child seems sleeping" ["El niño parece durmiendo"] ni "Who did you meet John and?" ["¿A quién conociste a John y?"] ni ninguna otra de los millones de trillones de posibles combinaciones matemáticas de palabras».

al servicio de la claridad y la precisión. La prohibición de los adverbios de doble sentido («La gente que come esto a menudo se pone enferma») es un ejemplo obvio, igual que las reglas sobre otras clases de modificadores mal puestos («Está mal decir que la gente miente, y a veces con mala fe») y sobre la proximidad de los pronombres relativos a los sustantivos que modifican («Es la madre de una niña pequeña que trabaja doce horas al día»).

De acuerdo, el descriptivista filosófico puede cuestionarse cómo de absolutamente necesarias son estas reglas: es bastante probable que el destinatario de frases como las de más arriba pueda averiguar lo que significan a partir de las frases que vienen antes y después o del contexto general o de lo que sea.³⁷ Por lo general, los oyentes también pueden averiguar qué quiero decir en realidad cuando uso mal *infer* en lugar de *imply* o cuando digo *indicate* en lugar de *say*. Pero muchos de estos solecismos —o incluso meras redundancias torpes como «La puerta era de forma rectangular»— requieren por lo menos un par de nanosegundos extra de esfuerzo cognitivo, una especie de rápido proceso de tamizar y descartar, antes de que el destinatario lo entienda. Trabajo extra. No está claro de cuánto trabajo extra se trata, pero parece indiscutible que añadimos *cierta* carga interpretativa sobre el oyente cuando no respetamos ciertas convenciones. En relación con oraciones confusas como las citadas más arriba, parece simplemente más «considerado» seguir las reglas del inglés correcto... igual que es más «considerado» limpiar la casa antes de que vengan visitas o cepillarse los dientes antes de pasar a recoger a alguien para una cita. No solamente más considerado sino también más *respetuoso*: tanto hacia tu oyente/lector como hacia lo que estás intentando comunicar. Como a veces también decimos sobre los elementos de la moda y la etiqueta, la forma en que uno usa el inglés «ya es una declaración en sí misma» o «manda un mensaje», por mucho que esas declaraciones/mensajes a menudo no tengan nada que ver con la información que uno está intentando comunicar.

Hemos acabado llegando inadvertidamente a una réplica más seria al descriptivismo filosófico: del hecho de que la comunicación lingüística no dependa estrictamente del uso y de la gramática *no* se deriva necesariamente que las reglas tradicionales del uso y de la gramática no sean más que «decoraciones inconsecuentes». Otra forma de postular esta objeción es que el hecho de que algo sea «decorativo» no lo hace necesariamente «inconsecuente». En términos retóricos, el rechazo burlón que lleva a cabo Pinker es muy mala táctica, porque deja en el aire exactamente la pregunta que está pidiendo a gritos: ¿inconsecuente *para quién*?

Una cuestión que aquí resulta crucial es que el parecido entre las reglas de uso y la etiqueta de la moda es más estrecho de lo que los descriptivistas filosóficos saben y mucho más importante de lo que sospechan. Tomen, por ejemplo, la afirmación descriptivista de que usos supuestamente correctos del inglés como *brought* en vez de *brung* y *felt* en vez de *feeled* son arbitrarios y restrictivos e injustos y solo se apoyan en la costumbre y son (como los verbos irregulares en general) arcaicos e incómodos y, en general, un coñazo. Admitamos provisionalmente que esas afirmaciones son cien por cien razonables. Y entonces hablemos de pantalones. Pantalones de vestir, pantalones de sport. Yo les sugiero a ustedes que el hecho de que la supuesta prenda subtorácica correcta para los hombres americanos sean los pantalones y no las faldas es arbitrario (muchas otras culturas permiten llevar faldas a los hombres), restrictivo e injusto (a las mujeres americanas se les permite llevar tanto pantalones como faldas), y que se basa únicamente en una costumbre arcaica (creo que tiene que ver con ciertas tradiciones sobre el género y la posición de las piernas, por las mismas razones que las mujeres se suponía que tenían que cabalgar a mujeriegas y las bicicletas de chica no tienen barra), y en ciertos sentidos no solamente incómoda sino

³⁷ (Para información de ustedes, resulta que existe toda una subdisciplina de la lingüística que se llama pragmática y que esencialmente estudia cómo los distintos contextos crean los significados de las afirmaciones.)

también carente de lógica (las faldas son más cómodas que los pantalones;³⁸ los pantalones se suben; los pantalones dan calor; los pantalones pueden estrujar los genitales y reducir la fertilidad; con el tiempo los pantalones rozan y erosionan secciones irregulares del vello de las piernas de los hombres y les dan a los hombres mayores esas asquerosas piernas semidesnudas; etcétera, etcétera). Pongamos por caso —aunque sea como mero experimento mental— que las que acabo de hacer son objeciones sensatas e interesantes a los pantalones como norma androsartorial. De hecho, digamos sí con nuestras mentes y nuestros corazones a la falda, la falda escocesa, la toga, el sarong, la falda plisada. Soñemos con, o incluso en nuestro tiempo libre trabajemos por, una América donde nadie trace normas suntuarias y arbitrarias para nadie y donde todos podamos ir tan cómodos y aireados y libres de roces y mótiles como queramos.

Y aun así nos encontramos con que en la amplia cultura de masas de la América del milenio, los hombres no llevan falda. Si usted, lector, es un hombre americano, y aunque usted comparta mis objeciones personales a los pantalones y sueñe igual que yo con un Mañana Americano fresco y que no estruje los genitales, aun así sigue habiendo un 99,9% de posibilidades de que en un 100% de situaciones públicas usted lleve pantalones/pantalones de sport/pantalones cortos/bañador de hombre. Y más en concreto, si es usted un hombre americano y tiene un hijo varón americano, y si resulta que ese hijo acude a usted una tarde cualquiera y le anuncia su deseo/intención de llevar falda en lugar de pantalones a la escuela al día siguiente, estoy cien por cien seguro de que va usted a disuadirle de que lo haga. De que lo va a disuadir *con firmeza*. No importa que sea usted un radical antipantalones que tira cócteles molotov o un fabricante de faldas escocesas o el mismo doctor Steven Pinker: va usted a ponerse serio con su niño y a ser normativo sobre una prenda de ropa arbitraria, arcaica, incómoda e inconsecuentemente decorativa. ¿Y por qué? Bueno, pues porque en la América moderna a cualquier niño que vaya al colegio en falda (aunque sea, por decir algo, una recatada falda de entretiem po hasta la rodilla) lo van a mirar todos y le van a hacer el vacío y le van a atizar y lo va a llamar monstruito un montón de gente cuya aprobación y cuya aceptación son importantes para él.³⁹ En nuestra cultura actual, en otras palabras, un niño que lleve falda está «haciendo una declaración» que va a tener toda clase de consecuencias emocionales y sociales atroces para él.

Ya se imaginan ustedes adonde va esto a parar. Voy a describir el argumento al que va encaminado la analogía de los pantalones en unos términos que estoy seguro de que serán simplistas: sin duda hay libros enteros sobre pragmática o psicolingüística o algo parecido que se dedican a desarrollar dicho argumento. Lo más extraño del caso es que nunca he visto que ni los descriptivistas ni los SNOOT lo empleen en sus Guerras.^{40 41}

Cuando digo o escribo algo, hay de hecho muchísimas cosas distintas que estoy comunicando. El contenido proposicional (es decir, la información verbal que estoy intentando transmitir) no es más que una parte. Otra parte la componen cosas sobre mí,

³⁸ (me imagino)

³⁹ En el caso del pequeño Steven Pinker júnior, esa gente son los compañeros del niño y sus maestros y las personas que detienen el tráfico para que los niños crucen la calle. En el caso de los adultos travestidos y drag queens que tienen trabajos en el mundo de la gente convencional y van a esos trabajos con pantalones, son los jefes y los compañeros de trabajo y los clientes y la gente del metro. Para el vago de campeonato que aun así lleva abrigo y corbata al trabajo, es sobre todo su jefe, que no quiere que la ropa de sus empleados transmita a los clientes «el mensaje equivocado». Pero en el fondo es todo lo mismo.

^{40 41} Ni siquiera Garner lo menciona apenas, solamente una vez en el miniensayo que su diccionario incluye sobre *DISTINCIONES DE CLASE*: «Muchos batacazos lingüísticos se pueden ver como indicadores de clase, hasta en una sociedad supuestamente sin clases como la de Estados Unidos». Y cuando Bryan Garner usa un verbo impersonal torpón como «se pueden ver» para distanciarse a sí mismo de alguna cuestión, es obvio que hay algo en el aire. De hecho, prácticamente la única vez que se oye mencionar la cuestión de forma totalmente explícita es cuando la radio anuncia esas cintas que prometen mejorar el vocabulario de la gente. Dichos anuncios tienden a ser extremadamente ominosos e intimidatorios y siempre empiezan diciendo: «¿SABÍA USTED QUE LA GENTE LO JUZGA POR LAS PALABRAS QUE USA?».

sobre el comunicador. Esto lo sabe todo el mundo. Es una función del hecho de que existen mil formas de decir la misma cosa básica, desde por ejemplo: «¡Me ha atacado un oso!» hasta «¡El puto oso casi me mata!» hasta «¡Ese coloso ursino ha hecho un intento de cenarse mi persona!», etcétera. Añadan a eso la consideración saussuriana/chomskiana de que muchas frases mal construidas gramaticalmente también pueden transmitir el contenido proposicional —«¡Oso ataca a Tonto, Tonto mucho asustado!»— y el número de opciones subliminales que estamos examinando/organizando/interpretando cuando nos comunicamos los unos con los otros enseguida se vuelve transfinito. Y los distintos niveles de dicción y de formalidad son únicamente los tipos más sencillos de distinción; las cosas se complican mucho más en los tipos de comunicación interpersonal en que entran en juego las relaciones sociales y los sentimientos y estados de ánimo. He aquí un ejemplo familiar. Supongan que ustedes y yo os conocemos y que estamos en mi apartamento teniendo una conversación y que en un momento dado yo quiero terminar la conversación y que se marchen ustedes de mi apartamento. Un momento social muy delicado. Piensen en todas las formas distintas en que yo puedo intentar manejarlo: «Hala, mira qué hora es»; «¿Podemos seguir con esto en otro momento?»; «¿Puedes irte ya, por favor?»; «Vete»; «Largo de aquí»; «Que te vayas, joder»; «¿No decías que tenías que ir a alguna parte?»; «Hora de ponerse en camino, amigo»; «Hora de irte, cariño»; o ese viejo sutil finalizador de conversaciones telefónicas: «Bueno, ya no te entretengo más»; etcétera, etcétera". Y luego piensen en todos los factores e implicaciones distintos de cada opción.⁴²

Lo que quiero decir aquí es obvio. Se trata de un fenómeno que los SNOOT promueven a ciegas y que los descriptivistas subestiman gravemente y que los temibles anuncios de cintas de vocabulario tratan de explotar. Que las personas realmente se juzgan las unas a las otras por su uso del lenguaje. Constantemente. Por supuesto, la gente está constantemente juzgándose los unos a los otros basándose en toda clase de cosas —altura, peso, olor, fisionomía, acento, ocupación, marca del vehículo—,⁴³ y de nuevo no hay duda de que todo es terriblemente complicado y ocupa a batallones enteros de sociolingüistas. Pero está claro que por lo menos un componente de todo este enjuiciamiento semántico interpersonal tiene que ver con la *aceptación*, con lo cual no me refiero a ninguna clase de afirmación emocional sensiblera, sino a la verdadera aceptación o rechazo al intento que hace alguien de ser considerado uno más, de hacerse miembro de un colectivo o comunidad o grupo ajenos. Otra forma de llegar a todo esto es reconocer algo que en las Guerras del Uso de la Lengua solamente se menciona en términos abstractos: que el uso «correcto» del inglés es, en términos prácticos, una función de con quién estés hablando y de cómo quieres que ese alguien reaccione: no solamente a tu forma de hablar sino también a *ti*. En otras palabras, una gran parte del proyecto de cualquier comunicación es retórica y depende de lo que algunos académicos especializados en el tema llaman «audiencia» o «comunidad de discurso».⁴⁴ Es la existencia actual en Estados Unidos de un número enorme de distintas

⁴² Para ser sincero, este ejemplo tiene una resonancia especial para este reseñista porque en la vida real siempre parece que me cuesta terminar las conversaciones o pedirle a alguien que se marche, y a veces el momento se vuelve tan delicado y tan cargado de complejidad social que me quedo abrumado intentando poner en orden todas las distintas formas posibles de decirlo y todas las implicaciones distintas de cada opción y termino quedándome en blanco y tomando la directa sin más —«Quiero terminar esta conversación y no tenerte más en mi apartamento»—, lo cual como es obvio me hace quedar como alguien completamente cortante y maleducado o bien como si fuera semiautista y no tuviera ni idea de cómo terminar una conversación con elegancia. De alguna forma, en otras palabras, el que yo reduzca mi declaración a su contenido proposicional desnudo «transmite un mensaje» que a su vez es examinado, tamizado, interpretado y juzgado por mi oyente, que a veces ya no vuelve nunca más. La verdad es que he perdido amigos de esta manera.

⁴³ (... por no mencionar el color, el género, la etnia: ya ven cómo de cargado y crispado se va a poner esto)

⁴⁴ «Comunidad de discurso» es un raro ejemplo de término de jerga académica que constituye un añadido valioso al inglés estándar escrito porque capta algo que es al mismo tiempo muy complejo y muy específico como ningún otro término de la lengua inglesa.*

* (Esto que acabo de escribir, aunque cierto, es un intento obvio de adelantarse a los resoplidos de

comunidades de discurso, más el hecho de que tanto el uso que hace la gente del inglés como su interpretación del uso ajeno están influidos por presupuestos retóricos, lo que resulta central para entender por qué las Guerras del Uso de la Lengua están tan cargadas políticamente y para apreciar por qué el *ADMAU* de Bryan Garner es tan totalmente ambiguo y brillante y moderno.

Dato: el inglés americano tiene toda clase de dialectos culturales/geográficos: el inglés negro, el inglés latino, el sureño rural, el sureño urbano, el estándar del alto Medio Oeste, el yanqui de Maine, el bayou del este de Texas, el inglés obrero de Boston, etcétera. Esto lo sabe todo el mundo. Lo que no todo el mundo sabe —sobre todo ciertos normativistas— es que muchos de estos dialectos alejados del IEE tienen sus propias gramáticas muy desarrolladas y altamente coherentes, y que algunas normas de uso de estos dialectos tienen en realidad más sentido lingüístico/estético que sus equivalentes en el inglés estándar.* Además, por supuesto, también existen innumerables sub— y subsubdialectos,⁴⁵ basados en toda clase de cosas que no tienen nada que ver con la ubicación ni con la etnia —el Inglés de Facultad de Medicina, el Inglés de los Chicos de Doce Años cuya Visión del Mundo Está Profundamente Influida por *South Park*—y que resultan casi incomprensibles para cualquiera que no esté dentro de esa muy cerrada y específica comunidad de discurso (lo cual por supuesto forma parte de su función).⁴⁶

* INTERPOLACIÓN

EJEMPLO DE APARIENCIA POTENCIALMENTE DESCRIPTIVISTA DE ALGUNAS VENTAJAS GRAMATICALES DE UN DIALECTO NO ESTÁNDAR QUE ESTE RESEÑISTA CONOCE DE PRIMERA MANO

Resulta que yo tengo dos dialectos nativos del inglés: el inglés escrito estándar de mis padres hipercultos y el inglés rural del Medio Oeste que la mayoría de mis amigos ha ganado con el sudor de su frente. Cuando hablo con gente del campo del Medio Oeste, suelo usar construcciones como «Where's it at?» en lugar de «Where is it?» y a veces «He don't» en vez de «He doesn't». Parte de esto es un deseo desnudo de encajar y no ser rechazado por empollón o marica (véase más adelante). Pero también está el hecho de que yo, sea o no SNOOT, creo que esos modismos del Medio Oeste rural son en cierta forma superiores a sus equivalentes estándar.

Para un normativista dogmático, «Where's it at?» es una frase doblemente condenada, ya que no solamente termina en preposición, sino que además su preposición final forma una redundancia con *where* que es similar a la redundancia que hay en «the reason is because» [«la razón es porque»] (un uso este que admito que me hace clavarme las uñas en las palmas de las manos). Réplica: en primer lugar, la norma de evitar preposiciones finales se la inventó un tal padre R. Lowth, predicador británico del siglo XVIII y pedante redomado que hizo cosas como gastar veintenas de páginas

burla/gestos de dolor que pueda provocar en los lectores el uso continuo del término en este artículo.)

⁴⁵ No está claro cómo de diminuto y restringido puede ser un subdialecto y aun así conservar el nombre de subdialecto; puede que haya definiciones lingüísticas muy firmes de lo que es un dialecto y lo que es un subdialecto y lo que es un subsub-, etcétera. Como yo no sé mucho del tema, y apuesto a que ustedes tampoco, voy a usar el término «subdialecto» de una forma vaga y no concluyente que abarque idiolectos tan particulares como el de los Habitantes de Peoria Que Siguen Fielmente la Lucha Libre Profesional o el de los Genetistas Especializados en Equilibrio de Hardy-Weinberg. Probablemente el término *dialecto* habría que reservarlo para los grandes grupos como el inglés negro estándar y demás.

⁴⁶ (Además, es cierto que el hecho de que algo se llame «subdialecto» o «jerga» parece depender de cuánto moleste a la gente que no pertenece a su comunidad de discurso. El propio Garner tiene miniensayos sobre el AVIONES, el INFORMATÉS, el LEGALES y el BUROCRATÉS, y más o menos a todos los llama jergas. El *ADMAU* no contiene ensayos sobre DIALECTOS, pero sí hay uno sobre JERGA, en el que Garner se refrena tanto que casi se oye cómo se le tensan los tendones, véase si no: «[La jerga] nace del deseo de ahorrar tiempo y espacio, y a veces de ocultarle los significados a la gente de fuera del grupo».)

discutiendo a favor de *hath* por encima de esa moda degenerada que era *has*. La regla de e.p.f. es anticuada y estúpida y solamente los SNOOT más ayatoloides se la toman en serio. El propio Garner dice que la regla está «acartonada» y cita toda clase de construcciones útiles como «a person I have great respect for» y «the man I was listening to» que tendríamos que descartar o distorsionar si quisiéramos cumplir esa norma.

Además, la aparente redundancia de «Where's it at?»⁴⁷ es compensada por su lógica métrica: lo que la palabra *at* hace realmente es legitimar la contracción de *is* después del adverbio interrogativo. No se puede decir «Where's it?», así que hay que elegir entre «Where is it?» y «Where's it at?», y la segunda opción, un fuerte anapesto, es más bonita y traba la lengua mejor que «Where is it?», cuyo metro es en todo caso un torpe pie monosilábico seguido de un troqueo.

Usar «He don't» me hace sentir un poco más incómodo. Admito que su lógica no me resulta tan atractiva. Con todo, una tendencia clara en la evolución del inglés de su forma media a su forma moderna ha sido la regularización gradual de los tiempos presentes de sus verbos irregulares,⁴⁸ una tendencia justificada por el hecho de que los verbos irregulares cuestan de aprender y de decir bien y no tienen nada que los justifique más que la historia. Según este razonamiento, el inglés negro estándar está en la vanguardia del inglés con su abandono de la tercera persona del presente de los verbos *to do* y *to go* y *to say* y con sus maravillosamente aerodinámicas seis inflexiones idénticas del presente de *to be*. (Certo, la conjugación «he be» siempre me suena rara, pero es que el inglés negro estándar no es uno de mis dialectos.)

Este es probablemente el lugar indicado para que este reservista SNOOT admita abiertamente que cierto número de reglas normativas tradicionales en realidad son estúpidas, y que la gente que insiste en ellas (como el legendario ayudante de Margaret Thatcher que se negaba a leer cualquier nota interna que tuviera un infinitivo partido, o el profesor de instituto que yo tuve que te bajaba la nota automáticamente si empezabas una frase con *hopefully*) son la clase más despreciable y peligrosa de SNOOT, el SNOOT Que Se Equivoca. La prohibición de los infinitivos partidos, por ejemplo, es consecuencia del extraño hecho de que la gramática inglesa está modelada a partir del latín pese a que el latín es un idioma sintético y el inglés es un idioma analítico.⁴⁹ Los infinitivos en latín solamente tienen una palabra y es imposible partirlos, por decirlo de alguna forma, y los primeros normativistas del inglés —tan fascinados con el latín que sus guías de uso del inglés estaban escritas en latín—⁵⁰ decidieron que tampoco había que partir los infinitivos en inglés. El mismo Garner aborda la regla de los i.p. en sus miniensayos INFINITIVOS PARTIDOS y SUPERSTICIONES.⁵¹ Y *hopefully* al principio de una frase, como cierto alumno descarado

⁴⁷ (una redundancia que es un poco arbitraria, ya que «Where's it from?» no es redundante [sobre todo porque la palabra *whence* ha quedado relegada a la condición de semiarcaísmo])

⁴⁸ P.ej.: durante mucho tiempo, el inglés tuvo una conjugación especial para la segunda persona del presente —«thou lovest», «thou sayest»— que ahora solamente sobrevive en ciertos tiempos del pasado (y en el presente de *to be*, donde consiste simplemente en darle inflexión plural a la segunda persona).

⁴⁹ Los idiomas sintéticos usan las inflexiones gramaticales para dictar la sintaxis, mientras que los idiomas analíticos usan el orden de las palabras. El latín, el alemán y el ruso son sintéticos; el inglés y el chino son analíticos.

⁵⁰ (Véase por ejemplo *De Recta et Emendata Linguae Anglicae Scriptione Dialogus* de sir Thomas Smith, de 1568, un libro capaz de atrofiar el córtex cerebral.)

⁵¹ Nótese, sin embargo, que lo hace con sensatez. Algunos infinitivos partidos son realmente cutres y difíciles de identificar, sobre todo cuando hay muchas palabras entre la partícula *to* y el verbo («We will attempt to swiftly and to the best of our ability respond to these charges»), y a estos Garner los llama «muy partidos» y los censura con sensatez. Su veredicto global sobre los infinitivos partidos —que es que algunos son «perfectamente apropiados» mientras que otros son dudosos y otros dan directamente mala espina, y que ningún decreto general, pulcro y dogmático puede abarcar todos los casos de i.p., y que por tanto «saber cuándo se puede partir un infinitivo requiere buen oído y un ojo certero»— es un buen ejemplo de cómo Garner distingue las objeciones descriptivistas sensatas y útiles de las objeciones dogmáticas y chifladas y luego incorpora las objeciones sensatas al seno de un normativismo más inteligente y flexible.

de octavo señaló una vez en clase (pagando por ello un gran coste social), en realidad funciona no como auxiliar modal mal colocado ni como adverbio de modo al estilo de *quickly* o *angrily*, sino como proposición adverbial (es decir, como una clase especial de «reflexivo velado» que indica la actitud del hablante hacia el estado de las cosas descrito por el resto de la frase: algunos ejemplos de proposiciones adverbiales perfectamente válidas son *clearly*, *basically*, *luckily*), y solo los SNOOT educados en los muy pedantes años transcurridos entre 1940 y 1960 prohíben a ciegas estas proposiciones o las usan para bajar la nota.

Los casos de los infinitivos partidos y de *hopefully* son de hecho recitados a menudo por los descriptivistas dogmáticos como prueba de que todas las reglas de uso del IEE son arbitrarias y estúpidas (lo cual vendría a ser un poco como señalar a Pat Buchanan como prueba de que todos los republicanos son unos maníacos). Para información de ustedes, Garner rechaza también la proscripción inconsciente de *hopefully*, aunque a regañadientes, diciendo que «la batalla está perdida» e incluyendo el adverbio en su miniensayo sobre TÉRMINOS VAPULEADOS, que es como él llama a los usos de la lengua que son «objeto de fuerte controversia (...) y es probable que usarlos distraiga a algunos lectores». (Garner también señala algo en que yo no me había fijado, que es que *hopefully*, si está mal colocado o mal puntuado en el cuerpo de una oración, puede crear algunas de las mismas ambigüedades de sentido que otros adverbios, como p. ej: «I will borrow your book and hopefully read it soon» [«Te cogeré prestado el libro y con suerte lo leeré pronto»].)

Seamos conscientes de ello o no, la mayoría de nosotros dominamos más de uno de los principales dialectos del inglés y varios subdialectos y por lo menos tenemos un conocimiento pasable de otros muchos. El dialecto que uno elige usar, por supuesto, depende de a quién se está dirigiendo. Para ser más concreto, sostengo que el dialecto que uno use depende principalmente de a qué clase de grupo pertenezca el oyente y de si uno desea presentarse como un miembro más de ese grupo. Un ejemplo obvio es que la clase alta tradicional inglesa presenta ciertas diferencias dialectales respecto a la clase baja inglesa y que las escuelas solían tener cursos de elocución cuya única razón de ser era enseñar a la gente a hablar al estilo de la clase alta. Pero el uso como mecanismo de inclusión abarca muchas más cuestiones que la clase social. Prueben otra clase de experimento mental: un puñado de adolescentes americanos con ropa que les queda varias tallas grande están sentados juntos en un local de comida rápida del centro comercial local e imaginen que un hombre de cincuenta y tres años con los carrillos colgantes, el pelo peinado por encima de la calva y ropa que es de su talla se les acerca y les dice que los estaba calando y que le parecen una basca que mola/que tienen un rollito guapo y les pregunta si está guay que se apalanque un rato con ellos en su mesa. La reacción de los chavales va a ser o bien de burla o bien de vergüenza hacia el tipo, o más probablemente una mezcla de ambas cosas. Pregunta: ¿por qué? O bien imaginen que un par de jóvenes negros urbanos de la línea dura están hablando entre ellos y yo, que hablo como una persona blanca y lo soy en todos los sentidos, me acerco a ellos y los saludo con un «Yo» y me dirijo a uno de ellos o a ambos como «brother» y les pregunto «s'up, s'goin' on», pronunciando *on* con ese diptongo *oo-ó* neoyorquino que el inglés de los jóvenes negros urbanos usa en vez de la *o* del estándar. O bien esos tipos van a creer que me estoy burlando de ellos y se van a ofender o bien van a creer simplemente que me he vuelto loco. No hay ninguna otra reacción previsible. Pregunta: ¿por qué? He aquí el porqué: un dialecto del inglés se aprende y se usa bien porque es tu vernáculo nativo o bien porque es el dialecto de un grupo en el que quieres (con cierto grado de verosimilitud) ser aceptado. Y aunque es uno de los principales y de los que tienen una importancia más vital, el IEE es solamente un dialecto. Y nunca es, o por lo menos casi nunca,⁵² el único dialecto de nadie. Esto se debe a que hay —tal como ustedes

⁵² (Es cierto que resulta difícil imaginar a William F. Buckley usando o tal vez siendo siquiera consciente de la

saben y yo sé y nadie parece mencionar nunca en las Guerras del Uso de la Lengua—situaciones en las que el IEE *no* es el dialecto apropiado.

La infancia está llena de situaciones así. Esta es una razón por la cual los SNOOTitos suelen pasarlo tan mal socialmente en la escuela. Un SNOOTito es un niño que domina de forma brutal y precoz el IEE (y es a menudo, recuerden, vástago de SNOOT). Suele haber un SNOOTito en cada aula, así que sé que ustedes los han visto: se trata de esos niños de entre seis y doce años que usan la palabra *whom* correctamente y cuya reacción a fallar tres bateos seguidos y ser eliminados en el béisbol infantil es gritar: «¡Qué contrariedad tan incalculable!». El SNOOTito de escuela primaria es una de las más tempranas especies imaginables de empollonoides y es debidamente despreciado por sus compañeros y alabado por sus profesores. Estos profesores no suelen ser conscientes de las increíbles cantidades de castigos que el SNOOTito está recibiendo de sus compañeros de clase, y si lo son lo que hacen es culpar a los compañeros de clase y negar tristemente con la cabeza al ver la arbitrariedad y la crueldad de que son capaces los niños.

Los profesores que hacen esto son tontos. La verdad es que el castigo que le infligen los compañeros al SNOOTito no es arbitrario en absoluto. Hay cosas importantes en juego. Los niños de la escuela están aprendiendo sobre los procesos de inclusión en el grupo y exclusión del grupo y sobre las recompensas y castigos respectivos de ambos y sobre el uso del dialecto y la sintaxis y la jerga como señales de afinidad y exclusión. Están aprendiendo sobre las comunidades de discurso. Los niños aprenden estas cosas no en clase de lengua y literatura ni de ciencias sociales, sino en el patio y el autobús y a la hora del almuerzo. Cuando sus compañeros están haciéndole el vacío al SNOOTito o practicándole monstruosos tirones de los calzoncillos entre cuatro o bien inmovilizándolo sobre el suelo y turnándose para escupirle, lo que está teniendo lugar es un profundo aprendizaje. Todo el mundo está aprendiendo excepto el pequeño SNOOT:⁵³ de hecho, el SNOOTito está siendo

existencia de nada que no sea el IEE.)

⁵³ INTERPOLACIÓN AMATEUR SOBRE DESARROLLO SOCIOLINGÜÍSTICO N.º 1

Resulta que el SNOOTito es una parte indispensable de la educación en el patio de los demás niños. La escuela y los compañeros son los primeros instrumentos de socialización del niño fuera de la familia. Al aprender sobre grupos y tectónica de grupos, los niños están aprendiendo de forma natural que la identidad de un grupo depende en igual grado tanto de la exclusión como de la inclusión. Están, en otras palabras, empezando a aprender sobre el Nosotros y el Ellos, y sobre el hecho de que todo Nosotros necesita siempre un Ellos porque ser no-Ellos es esencial para ser Nosotros. Debido a que son niños pequeños y están en la escuela, el Ellos más obvio son los profesores y todos los valores y accesorios del mundo de los profesores.* Este Ellos-profesoral ayuda a los niños a ver cómo se empieza a ser un Nosotros, pero el SNOOTito completa el rompecabezas proporcionando una especie de eslabón perdido: él es el traidor, el Nosotros que en realidad no es Nosotros sino *Ellos*. El SNOOTito, que al principio parece ser uno de nosotros porque al igual que nosotros mide ochenta centímetros y tiene mocos en la nariz y come plastilina, sin embargo habla un IEE erudito que señala que es miembro no del Nosotros sino del Ellos, lo cual, como el Nosotros se define en tanto que no-Ellos, equivale a un rechazo del Nosotros que es también una *traición* al Nosotros precisamente porque el SNOOTito es un niño, o sea, uno de Nosotros.

A lo que voy: el SNOOTito les está enseñando a sus compañeros que los criterios para ser miembro del Nosotros no son únicamente la edad, la altura, la ingestión de plastilina, etcétera, que de hecho el Nosotros es principalmente un estado mental y un conjunto de sensibilidades. Una ideología. El SNOOTito también les está enseñando a los niños que el Nosotros tiene que estar *extremadamente alerta* sobre las personas que tal vez de entrada parezcan ser Nosotros pero que en verdad *no* son Nosotros y tal vez necesiten ser identificados y excluidos *de inmediato*. El SNOOTito no es la única clase de niño que puede ejercer de traidor: el Favorito del Maestro, el Chivato, el Pelota y el Niño de Mamá también pueden servir bastante bien... así como los Incapaces y los Deformes y los Gordos y los niños Con Problemas En General, ayudan todos a los nacientes grupos de Nosotros convencionales a refinar sus criterios de inclusión y exclusión. En estas toscas y fluidas formaciones de pensamiento grupal ideológico reside la verdadera socialización de los niños americanos. Todos aprendemos muy temprano que la comunidad y la comunidad de discurso son la misma cosa, y que es una cosa temible. Eso ayuda a saber de dónde venimos Nosotros.

* (Además, como el Ellos-profesoral consta de castigadores/recompensadores altos y severos, estos se convierten en representaciones de todos los adultos, y —de una forma sombría e incipiente— de los Padres, cuyo cambio gradual de componentes del Nosotros a definidores del Ellos es probablemente el mayor ajuste ideológico de la infancia.)

castigado precisamente porque *no* aprende. Y su profesor de lengua y literatura —cuya educación primaria valora la «facilidad lingüística» como una de las «habilidades sociales» que aseguran «la relación de comunicación con los compañeros adecuada para el desarrollo»⁵⁴ de los niños, pero que no toma o no puede tomar en consideración la posibilidad de que la facilidad lingüística abarque nada más que el lapidario IEE— es incapaz de ver que su querido SNOOTito en realidad es *deficiente* en lengua y literatura. Solamente tiene un dialecto. No puede alterar su vocabulario, su uso de la lengua ni su gramática, no puede usar jerga ni ser vulgar; y son estas habilidades las que se requieren para establecer una «relación de comunicación con los compañeros», lo cual no es más que un término académico pijo para describir el hecho de ser aceptado por el segundo grupo más importante en la vida del niño.⁵⁵ Si está lo bastante subyugado por sus maestros y esos maestros son lo bastante ignorantes, al SNOOTito le puede costar años y cantidades increíbles de tortura aprender que uno necesita más de un dialecto para progresar en la escuela.

Este reseñista reconoce que parece haber ciertas, ejem, cosas personales que aquí se están desenterrando y sacando a colación;⁵⁶ con todo, son cosas que vienen a cuento. Lo que quiero decir es que el pequeño SNOOTito que saca todo sobresalientes está en realidad en la misma posición dialectal que el niño «tonto» de la clase que no puede aprender a dejar de usar *aint 't* o *bringed*. Exactamente en la misma posición. A uno lo castigan en la clase, al otro en el patio, pero los dos son deficientes en la misma habilidad lingüística, es decir, en la capacidad de moverse entre varios dialectos y niveles de «corrección», la capacidad para comunicarse de una forma con los compañeros y de otra con la familia y de otra con los entrenadores de béisbol infantil, etcétera. La mayoría de esos ajustes dialectales se hacen por debajo del nivel de lo consciente, y nuestra capacidad de hacerlos parece en parte psicológica y en parte otra cosa —tal vez algo incorporado a la misma placa madre que la Gramática Universal— y la verdad es que esta habilidad es un indicador mucho mejor del «CI verbal» puro de un niño que el resultado de un examen o las notas, ya que las clases de lengua inglesa hacen mucho más para retrasar el talento dialectal que para cultivarlo.

EJEMPLO DE CÓMO LOS CONCEPTOS
DE RETÓRICA Y DIALECTO E INCLUSIÓN
EN UN GRUPO PUEDE AYUDAR A ENTENDER
ALGUNAS DE LAS BATALLAS CONSTITUYENTES
DE LAS GUERRAS DEL USO DE LA LENGUA

Dato bien conocido: ni en el temario K-12 ni en los cursos universitarios de lengua inglesa se enseñan ya la gramática ni el uso sistemáticos del IEE. Ya hace más de veinte años que es así, y el fenómeno pone furiosos a los normativistas. Es una de las grandes cosas que citan como prueba del asesinato gradual del idioma inglés que está llevando a

⁵⁴ (Los profesores de educación primaria hablan realmente de esta forma.)

⁵⁵ INTERPOLACIÓN AMATEUR SOBRE DESARROLLO SOCIOLINGÜÍSTICO N.º 2

Y para cuando el SNOOTito llega a la adolescencia, este ya habrá suplantado a la familia para convertirse en el grupo *más* importante. Y será un grupo que dependerá para su definición de un rechazo a la Autoridad tradicional.* Y debido a que es el dialecto reconocido de la sociedad adulta convencional, no hay mejor símbolo de la Autoridad tradicional que el IEE. No es accidental que la adolescencia sea el momento en que la jerga y el código y los subdialectos de los subdialectos explotan a sus anchas y los padres empiezan a quejarse de que apenas pueden entender lo que están diciendo sus hijos. Y las letras de canciones gramaticalmente incorrectas como «I can't get no / Satisfaction» no son accidentales ni tampoco ninguna clase de triste comentario sobre el sistema educativo británico. Jagger y compañía no son estúpidos; son rétores, y conocen a su público.

* (Es decir, el Ellos que hasta ahora han sido los profesores/padres se convierte en el Sistema, la Sociedad. El Ellos se convierte en el ELLOS.)

⁵⁶ (La historia de ir con falda a la escuela, sin embargo, no era nada personal, para que lo sepan.)

cabo América. Los descriptivistas y los especialistas en enseñanza del inglés contraatacan diciendo que la gramática y el uso del inglés se han abandonado porque la investigación científica ha demostrado que estudiar las convenciones del IEE no ayuda a que los niños escriban mejor.⁵⁷ Cada bando del debate tiende a contemplar al otro como mentalmente enfermo y/o cegado por la ideología. Ninguno de los bandos parece haber nunca tenido en cuenta que tal vez *la forma* en que se enseñaba tradicionalmente el IEE normativo tuviera algo que ver con su inutilidad.

Por «forma» aquí me refiero no tanto al método en sí como al espíritu o la actitud. La mayoría de los profesores tradicionales de gramática inglesa, por supuesto, han sido SNOOT dogmáticos, y como la mayoría de dogmáticos han tenido una actitud extremadamente estúpida acerca de la retórica que usaban y del público al que se dirigían. Me refiero específicamente al hecho de que esos profesores⁵⁸ presuponen que el IEE es el único dialecto apropiado del inglés y que las únicas razones por las que alguien no puede ver esto son la ignorancia o la amencia o los defectos graves del carácter. Como retórica, esta clase de actitud solo funciona en forma de sermón a los conversos, como pedagogía es desastrosa, y en términos de enseñar a escribir resulta especialmente perjudicial porque comete exactamente el error que todas las clases de redacción de primer año se pasan el semestre entero intentando evitar que cometan los niños: el error de *dar por sentado* el mismo acuerdo con la audiencia que en realidad tienen la obligación retórica de *ganarse*.⁵⁹ La realidad es que un estudiante americano medio va a tomarse la molestia de dominar las difíciles convenciones del IEE solamente si ve al grupo relevante o comunidad de discurso del IEE como algo de lo que quiere formar parte. Y en ausencia de cualquier clase de argumento por el cual el grupo del IEE correcto sea bueno o deseable (un argumento que, recuerden, el profesor tradicional no ha dado, porque es un SNOOT tan dogmático que no ve necesidad de hacerlo), el alumno va a quedar reducido a evaluar la deseabilidad del grupo del IEE basándose únicamente en el único miembro obvio de ese grupo con el que se ha encontrado, que no es otro que el mismo profesor SNOOT. ¿Y qué niño pensante medio querría ser parte de un grupo representado por un personaje tan estirado, estrecho de miras,

⁵⁷ Hay un Corpus respetable de investigaciones en el campo de la enseñanza del inglés que respalda esta afirmación, las más famosas de las cuales son los estudios de Harris, Bateman-Zidonis y Mellon en la década de 1960.

⁵⁸ Siguen quedando algunos, por lo menos aquí en el Medio Oeste. Ya los conocen ustedes: sin labios, vestidos con ropa de tweed y con pinta de cangrejos: viejas solteronas de ambos géneros. Si a ustedes les tocó uno (como me tocó a mí en 1976-1977), seguro que los recuerdan.

⁵⁹ INTERPOLATIVO PERO RELEVANTE, AUNQUE SOLO SEA PORQUE ESTO TRATA DE UN ERROR QUE EL ADMAU CONSIGUE NO COMETER NI UNA SOLA VEZ

Esta clase de error es más consecuencia de un hábito mental que de ninguna premisa falsa en particular: no es una función de la falacia ni de la ignorancia sino del ensimismamiento. También resulta ser el error más persistente y dañino que comete la mayoría de la gente que escribe en la universidad, y un error tan profundamente arraigado que a menudo hacen falta varios ensayos y conferencias y revisiones para hacerles ver cuál es el problema. Ayudarlos a eliminar el error requiere machacar a los estudiantes de escritura dos grandes mandatos judiciales: 1) No deis por sentado que los lectores os pueden leer la mente; cualquier cosa que queráis que el lector visualice o tenga en cuenta se la tenéis que presentar; 2) No deis por sentado que el lector opina igual que vosotros sobre una experiencia o un tema determinados: vuestro argumento no puede limitarse a dar por ciertas las mismas cosas a favor de las cuales estáis argumentando.

Debido a que 1) y 2) parecen tan simples y obvios, puede sorprenderles a ustedes el enterarse de que en realidad resulta *increíblemente difícil* hacer que los estudiantes los entiendan de forma que los principios pasen a estar en la base de su escritura. La razón de esta dificultad es que, y 1) y 2) son ideas intelectuales, mientras que en la práctica son más bien cosas del espíritu. Ambos mandatos requieren del alumno imaginación para concebir al lector como un ser humano distinto y al mismo tiempo empatía para darse cuenta de que esa persona distinta tiene preferencias y confusiones y creencias propias, unas p/c/c que merecen tanta consideración respetuosa como las del propio escritor. Y lo que es más, 1) y 2) requieren de los alumnos humildad para distinguir entre una verdad universal («Las cosas son así, y solamente un idiota no estaría de acuerdo») y algo que es una simple opinión del que escribe («Mis razones para recomendar esto son las siguientes:»). Esta clase de requisitos son también, por supuesto, los elementos del Espíritu Democrático. Por tanto, sostengo que el vetusto tópico «Enseñar a un estudiante a escribir es enseñar al estudiante a pensar» se queda más que corto. Pensar no llega ni para empezar.

convencido de su superioridad moral, condescendiente y tan poco atrayente como el profesor normativista tradicional?

No estoy intentando sugerir aquí que una pedagogía eficaz del IEE requiriera que los profesores llevaran gafas de sol y llamaran a sus alumnos «colega». Lo que estoy sugiriendo es que la situación retórica de una clase de inglés americano —una clase compuesta en su totalidad por jóvenes cuya identidad de grupo está arraigada en el desafío a los valores del Sistema adulto, y además compuesta parcialmente por minorías cuyos dialectos primarios son distintos del IEE— requiere que el profesor presente argumentos patentes, sinceros y convincentes por los cuales el IEE es un dialecto que merece la pena aprender.

Estos argumentos son difíciles de construir. No difíciles a nivel intelectual, sino emocional y políticamente. Porque son simple y llanamente elitistas.⁶⁰ La pura verdad, por supuesto, es que el IEE es el dialecto de la élite americana. Que fue inventado, codificado y promulgado por Hombres WASP Privilegiados y es perpetuado como «estándar» por los mismos. Que es el código propio del Sistema, y que es un instrumento de poder político y divisiones de clase y discriminación racial y toda clase de desigualdades sociales. Estos son temas *delicados*, por decirlo de algún modo, para sacarlos a colación en una clase de inglés, especialmente para ponerlos al servicio de un argumento a favor del inglés escrito estándar, y extraespecialmente si uno mismo es un Hombre WASP Privilegiado y al mismo tiempo el profesor y por tanto un símbolo andante del Sistema Adulto. En opinión de este reseñista, sin embargo, tanto a los alumnos como al IEE se les hace un mejor servicio si el profesor hace sus premisas explícitas y el argumento patente. Además de que contribuirá de forma obvia a su credibilidad retórica el hecho de que el profesor se presente a sí mismo como defensor de la utilidad del IEE y no como una especie de profeta de su superioridad innata.

Debido a que el argumento a favor del IEE es a la vez especialmente delicado y (creo yo) especialmente importante en el caso de los alumnos de color, aquí va una versión condensada de la charla que he dado en conferencias privadas⁶¹ con ciertos estudiantes negros que eran *a)* listos e inquisitivos a más no poder y *b)* deficientes en lo que la educación superior americana considera la facilidad para escribir inglés:

No sé si alguien os ha dicho esto o no, pero cuando estáis en una clase de inglés universitario estáis básicamente estudiando un dialecto extranjero. Este dialecto se llama inglés escrito estándar. [Hay un breve repaso a los principales dialectos americanos en la página 127.] Después de hablar con vosotros y leer vuestras dos primeras redacciones, he llegado a la conclusión de que vuestro dialecto primario es [una de las tres variantes del inglés negro estándar comunes en nuestra región]. Ahora dejadme que os diga algo con mi voz oficial de profesor: el INE que vosotros domináis es distinto del INE en muchos y muy importantes sentidos. Algunas de esas diferencias son gramaticales: por ejemplo, los negativos dobles son válidos en el inglés negro estándar pero no en el IEE, y el INE y el IEE conjugan ciertos verbos de formas completamente distintas. Otras diferencias están más relacionadas con el estilo: por ejemplo, el inglés escrito estándar suele usar muchas más frases subordinadas en la primera parte de las frases, y hace arrancar la mayoría de esas subordinadas iniciales con comas, y según las reglas del IEE, los escritos que no hacen eso suelen resultar entrecortados. Hay toneladas de estas diferencias. ¿Cuántas de estas cosas ya sabéis? [RESPUESTA ESTÁNDAR = alguna variación de «Sé por las notas y comentarios a mis redacciones que los profesores de inglés de aquí creen que no escribo bien».] Bueno, pues tengo una noticia buena y una mala. Hay algunos profesores de inglés por lo demás inteligentes que no se dan cuenta de que hay dialectos del inglés distintos al IEE, así que cuando están corrigiendo vuestras redacciones se dedican a poner «Conjugación incorrecta» o «Falta coma» en lugar de «El IEE conjuga este verbo de

⁶⁰ (O más bien los argumentos requieren que reconozcamos abiertamente el elitismo y hablemos del mismo, mientras que la pedagogía de un SNOOT dogmático tradicional es meramente elitismo en acción.)

⁶¹ (No soy tonto del todo.)

forma distinta» o «El IEE requiere una coma aquí». Esa es la buena noticia: que no es que escribáis mal, es que no habéis aprendido las reglas especiales del dialecto en que queréis escribir. Tal vez no sea tan buena noticia el que os hayan estado bajando la nota por cometer errores en un lenguaje extranjero que ni siquiera sabíais que era un lenguaje extranjero. El que no os dejen escribir en INE. Tal vez parezca injusto. Si os lo parece, probablemente no os vaya a gustar esta otra noticia: yo tampoco os voy a dejar escribir en INE. Si queréis estudiar vuestro dialecto primario y sus reglas y su historia y en qué se diferencia del IEE, vale: hay libros muy buenos escritos por académicos del inglés negro, y yo os ayudaré a encontrar algunos y hablaremos sobre ellos si queréis. Pero eso tendrá que ser fuera de clase. En clase —en mi clase de inglés— vais a tener que dominar y escribir el inglés escrito estándar, que podríamos llamar también «inglés blanco estándar», porque lo desarrolló gente blanca y lo usa la gente blanca, sobre todo la gente blanca culta y poderosa. [Las REACCIONES a esto son demasiado variadas para generalizar.] Yo os respeto lo bastante aquí como para comunicaros lo que creo que es la verdad sin tapujos. En este país, el IEE se considera el dialecto de la educación y de la inteligencia y del poder y el prestigio, y cualquier persona de cualquier raza, etnia, religión o género que quiera triunfar en la cultura americana tiene que ser capaz de usar el IEE. Así es Como Son Las Cosas. Podéis alegraros de ello o poner os tristes o cabrearos mucho. Podéis pensar que es racista e injusto y decidir aquí mismo que vais a pasar cada minuto de vuestra vida adulta luchando contra ello, y tal vez deberíais, pero os diré una cosa: si alguna vez queréis que la gente escuche esos argumentos y se los tome en serio, vais a tener que comunicarlos en IEE, porque el IEE es el dialecto que nuestro país usa para hablar consigo mismo. Los afroamericanos que han logrado el éxito y la relevancia en la cultura saben esto; es por eso por lo que los discursos de King y de X y de Jackson están en IEE, y que los libros de Morrison y de Angelou y de Baldwin y de Wideman y de Gates y de West están llenos de un IEE que te cagas, y que los jueces y políticos y periodistas y médicos y profesores negros se comunican en IEE. Alguna de esta gente creció en hogares y en comunidades donde el IEE era el dialecto nativo, y esa gente negra lo tuvo mucho más fácil para estudiar, pero los que no crecieron con el IEE se dieron cuenta llegando a cierto punto de que tenían que aprenderlo y ser capaces de escribirlo con fluidez, y eso es lo que hicieron. Y [NOMBRE DE ALUMNO], tú vas a aprender a usarlo, porque yo te voy a obligar.

Tengo que señalar aquí que un par de estudiantes a quienes dije estas cosas se sintieron ofendidos —una de ellos presentó una Queja Formal— y que he tenido más de un colega que ha encontrado mi discurso «poco sensible racialmente». Tal vez ustedes también lo piensen. La humilde opinión de este reseñista es que algunas de las realidades culturales y políticas de la vida americana son en sí mismas poco sensibles racialmente y elitistas y ofensivas e injustas, y que andarse con tiento y dando rodeos a estas realidades con ambigüedades eufemísticas no solo es hipócrita, sino también venenoso para el proyecto de llegar a cambiarlas algún día.

OTRA CLASE DE EJEMPLO RELACIONADO
CON LAS GUERRAS DEL USO DE LA LENGUA,
ESTE CON ÉNFASIS PARTICULAR EN EL DIALECTO
COMO VECTOR DE LA PRESENTACIÓN
DE UNO MISMO A TRAVÉS DE LA CORTESÍA⁶²

Es tradicional que los normativistas suelen ser conservadores en política y los

⁶² EPÍGRAFES ESPECIALMENTE BUENOS PARA ESTA SECCIÓN

«Los verbos en voz pasiva, en concreto, pueden negar la acción femenina.»

DOCTORA MARILYN SCHWARTZ Y EL COMITÉ DE ACCIÓN POR UN LENGUAJE NO SESGADO DE LA ASOCIACIÓN DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS AMERICANAS

«Él levantó la voz de pronto y pidió la cena a gritos. Los criados le respondieron gritando que estaba lista. Querían decir que les gustaría que estuviera lista, y así es como todos lo entendieron, porque nadie se movió.»

E. M. FOHSTER

descriptivistas suelen ser liberales. Pero la influencia más poderosa que hay hoy día sobre las normas del inglés público es en realidad una forma severa y rigurosa de normativismo liberal. Me refiero aquí al inglés políticamente correcto (IPC), según cuyas convenciones los alumnos que suspenden se convierten en alumnos de «alto potencial» y la gente pobre en gente «económicamente desaventajada» y la gente que va en silla de ruedas en gente «con capacidades distintas» y una frase como «El inglés blanco y el inglés negro son distintos, y será mejor que aprendas inglés blanco o no vas a sacar buenas notas» no es franca sino «poco sensible». Aunque es normal hacer chistes sobre el IPC (hablar de la gente fea como «estéticamente desaventajada», etcétera), sepan ustedes que las diversas prescripciones y proscripciones del inglés políticamente correcto han sido tomadas muy *pero que muy* en serio por las universidades y las corporaciones y las organizaciones gubernamentales, cuyos dialectos institucionales ahora evolucionan bajo el escrutinio sombrío de todo un nuevo tipo de Policía del Lenguaje.

Desde una perspectiva determinada, el ascenso del IPC pone de manifiesto una especie de ironía leninista-estalinista. Es decir, los mismos principios que dieron forma a la revolución descriptivista original —a saber, el rechazo de la autoridad tradicional (nacido del Vietnam) y de la desigualdad tradicional (nacido del movimiento por los derechos civiles)— han acabado produciendo un normativismo mucho más inflexible, que no soporta la carga de la tradición ni de la complejidad y que está respaldado por la amenaza de sanciones en el mundo real (despidos, litigios) para aquellos que no obedecen. Esto es gracioso de una forma sombría, tal vez, y es cierto que la mayoría de las críticas al IPC parecen consistir en reírse del hecho de que es una moda o de que es superficial. La opinión personal de este reseñista es que el IPC normativo no es solo tonto sino ideológicamente confuso y dañino para su propia causa.

A continuación doy mis argumentos a favor de esa opinión. El uso de la lengua siempre es político, pero lo es de forma compleja. Con relación, por ejemplo, al cambio político, las convenciones sobre el uso de la lengua pueden funcionar de dos maneras: por un lado pueden ser un *reflejo* del cambio político, y por otro lado pueden ser un *instrumento* del cambio político. Lo importante es que esas dos funciones son distintas y que hay que mantenerlas separadas. Confundirlas —y en concreto, tomar por eficacia política lo que no es más que un simbolismo político del lenguaje— permite la grotesca convicción de que América deja de ser elitista o injusta simplemente porque los americanos dejan de usar cierto vocabulario que se asocia históricamente con el elitismo y la injusticia. Esta es la falacia central del IPC —que el modo de expresión de una sociedad es lo que produce esas actitudes en lugar de un producto de las mismas—,⁶³ y por supuesto no es nada más que el reverso del engaño SNOOT y políticamente conservador según el cual los cambios sociales se pueden retrasar restringiendo los cambios en el uso de la lengua estándar.⁶⁴

Pero olviden ustedes la estalinización o los subterfugios de primer curso de lógica. El inglés políticamente correcto encierra una ironía más repulsiva. Que es el hecho de que el IPC afirma ser el dialecto de la reforma progresista pero de hecho —con su colocación orwelliana de los eufemismos de la igualdad social en el lugar de la igualdad social en sí— resulta de mucha más ayuda para los conservadores y para el estado de las cosas en América de lo que han resultado nunca las normas tradicionales de los SNOOT. Si yo, por ejemplo, fuera un conservador político que se opusiera al uso de los impuestos como medio para redistribuir la riqueza nacional, me encantaría ver cómo los progresistas políticamente correctos gastan su tiempo y su energía discutiendo sobre si a una persona pobre hay que llamarla «de ingresos bajos», «económicamente desaventajada» o «pre-próspera» en lugar

⁶³ (Una forma más concisa de decir esto es que la *cortesía* no es lo mismo que la *justicia*.)

⁶⁴ P. ej., este es el razonamiento que hay detrás de la queja de los normativistas populares de que el uso descuidado representa el Declive de la Civilización Occidental.

de construir argumentos públicos eficaces a favor de leyes redistributivas o de elevar los márgenes de las tasas fiscales. (Por no mencionar el hecho de que los códigos estrictos del eufemismo igualitarista sirven para ocultar la clase de discurso doloroso, feo y a veces ofensivo que en una democracia pluralista llevaría a un cambio político verdadero y no a un simple cambio político simbólico. En otras palabras, el IPC actúa como forma de censura, y la censura siempre está al servicio del estado de las cosas.)

En términos prácticos, yo dudo mucho que un tipo que tiene cuatro niños pequeños y gana doce mil dólares al año se sienta más beneficiado o menos maltratado por una sociedad que se refiere cuidadosamente a él como alguien «económicamente desaventajado» en lugar de como alguien «pobre». De hecho, si yo fuera él, probablemente el término en IPC me resultaría insultante: no solo porque sea paternalista (que lo es) sino porque es hipócrita e interesado de una forma para la cual la gente a quien se suele tratar de forma paternalista suele tener unas antenas subliminales bastante buenas. La hipocresía básica de usos como «económicamente desaventajado» o «con capacidades distintas» consiste en que el IPC promueve la creencia en que los beneficiarios de la compasión y la generosidad son los pobres y la gente que va en silla de ruedas, lo cual nuevamente omite algo que todo el mundo sabe pero que nadie salvo el siniestro anunciante de las cintas de vocabulario menciona jamás: que una parte de la motivación de cualquier hablante a la hora de usar cierto vocabulario es siempre el deseo de comunicar cosas sobre sí mismo. Como muchas formas de Usos de Moda,⁶⁵ el IPC se usa principalmente para señalar y celebrar ciertas virtudes del que habla —el igualitarismo escrupuloso, la preocupación por la dignidad de toda la gente, la forma sofisticada de ver las implicaciones políticas del lenguaje—, y por tanto está al servicio de los intereses ombliguistas de los PC en lugar de al servicio de ninguna de las personas o grupos a los que se ha cambiado el nombre. *, **.

* INTERPOLACIÓN

La desagradable verdad es que la misma hipocresía interesada que hay detrás del IPC tiende a infectar y a socavar la retórica de la izquierda americana en casi todos los debates sobre las políticas sociales. Cojan por ejemplo la batalla ideológica por la redistribución de la riqueza mediante los impuestos, las cuotas, la asistencia social, las zonas empresariales, las Ayudas a las Familias con Hijos Dependientes y las Ayudas Temporales a Familias Necesitadas, lo que ustedes quieran. Mientras la redistribución sea concebida como forma de caridad o de compasión (y la Izquierda Martirológica parece abrazar este concepto exactamente en la misma medida que la Derecha Sin Corazón), entonces todo el debate se centra en la utilidad «¿Acaso la asistencia social ayuda a los pobres a salir adelante o bien ampara la dependencia pasiva?»; «¿Es la inflada burocracia de los servicios sociales la mejor forma de repartir caridad?», etcétera, y los dos bandos tienen sus argumentos y sus estadísticas favoritas al respecto, y el rollo continúa y continúa hasta el infinito...

Opinión: el error aquí está en que ambos bandos dan por sentado que los motivos reales para redistribuir la riqueza son caritativos y generosos. El error de los conservadores (si es que es un

⁶⁵ *A Dictionary of Modern American Usage* incluye un minienayo sobre PALABRAS DE MODA, pero es un texto decepcionante en el que Garner hace poco más que dar una lista de P de M que le molestan y decir que «las palabras de moda resultan tan atractivas para la mente popular que llegan a ser usadas en contextos en los cuales sirven para muy poco». Este es uno de los escasos sitios en el *ADMAU* donde Garner simplemente se equivoca. El verdadero problema es que cada frase funde y equilibra por lo menos dos funciones comunicativas distintas -una es la transmisión de información en estado puro y otra la transmisión de ciertas cosas sobre el que habla-, y el Uso de Moda rompe este equilibrio. Lo que dice Garner de que «sirve para muy poco» es totalmente incorrecto: las palabras de moda sirven *demasiado* al propósito de presentar al que habla de una manera determinada (aunque sea solamente presentarlo como *in* o enterado de las cosas), y la extraña antena subliminal con que la gente capta a los farsantes capta este desequilibrio, y es por eso por lo que a veces hasta a los no-SNOOT les resultan siniestros e irritantes estos Usos de Moda de la lengua. Es el mismo fenómeno que tiene lugar cuando alguien se toma la molestia de ser increíblemente solícito y halagador y amable contigo y al cabo de un rato su amabilidad te empieza a dar mala espina: estás notando que una parte desproporcionadamente grande de los planes de esa persona consiste en intentar presentarse a sí misma como Amable.

error) es totalmente conceptual, pero para la izquierda ese presupuesto también es un grave error táctico. Los liberales progresistas parecen incapaces de declarar la verdad obvia: que los que tenemos más dinero tendríamos que estar dispuestos a compartir más de lo que tenemos con los pobres no en beneficio de los pobres sino de nosotros mismos; es decir, tendríamos que compartir lo que tenemos para ser menos cerrados de miras y estar menos asustados y sentirnos menos solos y ser menos egoístas. Nadie parece nunca dispuesto a reconocer en voz alta el profundo *interés propio* que subyace a todos los impulsos encaminados a la igualdad económica: en especial los progresistas americanos, que parecen tan enfrascados en construir una imagen de sí mismos como Extraordinariamente Generosos y Compasivos y Distintos a Esos Conservadores Egoístas de Ahí que permiten a los conservadores enmarcar el debate en términos de caridad y utilidad, términos bajo los cuales parece mucho menos obvio que la redistribución sea algo bueno.

Me estoy refiriendo a este ejemplo de una forma tan general y simplista porque ayuda a mostrar por qué esa clase de vanidad izquierdista que hay detrás del IPC es en realidad adversa a las causas de la propia izquierda. Porque al negarse a abandonar la idea de sí mismos como Extraordinariamente Generosos y Compasivos (es decir, como moralmente superiores), los progresistas pierden la oportunidad de enmarcar sus argumentos redistributivos en unos términos que sean al mismo tiempo realistas y de *realpolitik*. Un argumento semejante requeriría un análisis complejo y sofisticado de lo que queremos decir realmente con *interés propio*, sobre todo de las distinciones entre interés propio financiero a corto plazo e interés propio moral o social a más largo plazo. Por el momento, sin embargo, la vanidad de los liberales tiende a conferirles a los conservadores el monopolio de las apelaciones al interés propio, lo cual permite a los conservadores pintar a los progresistas como idealistas utópicos y a sí mismos como pragmatistas con los pies en el suelo y la cabeza en el bolsillo. Resumiendo, el gran error de los izquierdistas aquí no es conceptual ni ideológico sino espiritual y retórico: su apego narcisista a los presupuestos que maximicen su propia apariencia de virtud suele costarles tanto el teatro como la guerra.

** INTERPOLACIÓN

EJEMPLO DE CUESTIÓN ASOCIADA A LOS SNOOT EN VISTA DE CUYA MALIGNIDAD EL ESPÍRITU DEMOCRÁTICO DE ESTE RESEÑISTA DESFALLECE POR COMPLETO, LO RECONOZCO

Esta cuestión es el inglés académico, un cáncer verbal que ya ha metastatizado hasta afectar a la vez a la escritura académica...

Si semejante cyborg sublime insinúa el futuro como sujeto postfordiano, sus sublimas necesitan ser decodificadas como el «ADN ahora casi ilegible» del Detroit en rápida industrialización, en tanto que su estrategia robocopianas de negociación carcelaria y control callejero sigue siendo la incansable estrategia americana de infligir la regeneración mediante la violencia sobre los páramos racialmente heteroglósicos del centro urbano degradado.⁶⁶

...ya una prosa tan generalista como la del *Village Voice*:

Al verlas por primera vez, las superficies cerebrales distanciadas de los poemas pueden resultar desalentadoras, en su evasión de las localizaciones físicas o los arcos emocionales directos. Pero esta lejanía aparente revela rápidamente una pasión muy real, centrada en la lucha del orador por definir su construcción en progreso de sí mismo.

Tal vez sea una combinación de mi SNOOTitud con el hecho de que termino teniendo

⁶⁶ Para información de ustedes, este fragmento, que aparece en el miniesayo del ADMAU sobre ININTELIGIBILIDAD, está sacado de un artículo de 1997 del *Sacramento Bee* que lleva por título: «No Contest: English Professors Are Worst Writers on Campus» [«No hay color: los profesores universitarios de lengua y literatura inglesa escriben peor en la universidad»].

que leer mucho del mismo en mi trabajo, pero me temo que contemplo el inglés académico no como una variante dialectal sino como una grotesca degradación del IEE, y lo desprecio todavía más que a las incoherencias envaradas del inglés presidencial («Esta es la mejor y única manera de sacar a la luz, destruir y evitar que Irak reconstruya armas de destrucción masiva») o las declaraciones caóticas del lenguaje de los negocios («Nuestra Misión: buscar proactivamente y proporcionar las habilidades y recursos óptimos de networking que sirvan a las necesidades de sus negocios en crecimiento»); y en apoyo de este desprecio e intolerancia totales cito a una autoridad de la talla del señor G. Orwell, que hace cincuenta años ya tenía calado el IA como una «mezcla de vaguedad e incompetencia pura» en la cual «es normal encontrarse con largos pasajes que carecen casi por completo de significado».⁶⁷

Probablemente esto no baste para explicarlo todo, pero igual que con la hipocresía de moda del IPC, la ininteligibilidad y la pretenciosidad del inglés académico se pueden atribuir en parte a un trastorno del precario equilibrio retórico que hay entre el lenguaje como vector de significado y el lenguaje como vector del curriculum personal del que escribe. En otras palabras, es cuando la vanidad / inseguridad de un académico lo lleva a escribir *primariamente* para comunicar y reforzar su propio estatus como intelectual cuando su inglés queda deformado por el pleonasma y la dicción pretenciosa (cuya función es señalar la erudición del escritor) y por la abstracción opaca (cuya función es evitar que alguien pueda achacarle al escritor una afirmación precisa que pueda ser refutada o demostrarse que es una tontería). Esta última característica, un nivel de ininteligibilidad que a menudo hace que sea imposible averiguar qué está diciendo en realidad una frase en IA,⁶⁸ se parece tanto a las ambigüedades de los políticos y las corporaciones («promoción de los ingresos», «ajustes de plantilla», «reestructuración proactiva en forma de distribución de recursos») que es tentador pensar que el verdadero propósito del IA es el ocultamiento y su verdadera motivación el miedo.⁶⁹

Las inseguridades que hay detrás del IPC, el IA y los anuncios de cintas de vocabulario

⁶⁷ Lo escribió en «Politics and the English Usage» «La política y el uso del inglés» (1946), un ensayo que pese a su fecha (y a la redundancia básica de su título) sigue siendo el manifiesto SNOOT definitivo sobre la jerga académica. La famosa traducción al IA que Orwell llevó a cabo del maravilloso pasaje del Eclesiastés «Vi bajo el sol que la carrera no estaba decidida» como «La consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos impele a la conclusión de que el éxito o el fracaso en las actividades competitivas no muestra ninguna tendencia a ser conmensurable en base a las capacidades innatas, sino que hay que tener en cuenta invariablemente un elemento considerable de impredecibilidad» se la tendrían que tatuar en la muñeca izquierda a todos los estudiantes de posgrado del mundo anglófono.

⁶⁸ Si todavía creen ustedes que afirmaciones como esta son hipérbolas de SNOOT, vean también el ejemplo del doctor Fredric Jameson, autor de *La estética geopolítica* y *La cárcel del lenguaje*, y a quien *The Johns Hopkins Guide to Literary Theory and Criticism* llama «uno de los críticos literarios marxistas contemporáneos más destacados que escriben en inglés». Específicamente, echen un vistazo a la primera frase del libro del doctor Jameson *Signatures of the Visible* (1992): Lo visual es *esencialmente* pornográfico, lo cual equivale a decir que su finalidad es la fascinación absorta e inconsciente; pensar en sus atributos se convierte en un adjunto a eso, aunque sea involuntario traicionar a su objeto; mientras que las películas más austeras extraen su energía del intento de reprimir su propio exceso (y no del ingrato esfuerzo de imponerle al espectador una disciplina).

... donde no solo cada una de sus tres frases independientes resulta totalmente ininteligible y está llena de predicados sin sujetos a la vista y de pronombres sin antecedentes claros, sino que resulta imposible ver por ningún lado la conexión que justifica el engarzarlas juntas en el seno de una sola frase larga con puntos y comas.

Por favor, sepan ustedes a) que la frase citada ganó en 1997 el Primer Premio del Concurso al Peor Escritor del Mundo que celebra cada año la Canterbury University de Nueva Zelanda, una competición en la que los académicos americanos suelen barrer con todos los premios, y b) que F. Jameson era y es una figura extremadamente poderosa y citada a menudo en el mundo académico literario americano, lo cual significa c) que si ustedes tienen hijos en la universidad, hay una probabilidad importante de que les estén enseñando a escribir adultos muy bien pagados para quienes la frase citada es un modelo de prosa inglesa erudita.

⁶⁹ Hasta en primer curso de redacción, los malos ejercicios escritos de los estudiantes son mucho, mucho más a menudo el producto del miedo que el de la pereza o la incompetencia. De hecho, a menudo se tarda tanto en identificar el miedo de los alumnos y en ayudar a superarlo que el profesor de primer curso de redacción nunca consigue averiguar si también hay otros problemas.

no carecen sin embargo de base. Vivimos en una época lingüísticamente tensa. Échenle la culpa a la incertidumbre heisenbergiana o al relativismo posmoderno, o al auge de la imagen sobre la sustancia, o a la omnipresencia de la publicidad, o a lo que quieran: vivimos en una época de preocupación terrible por la presentación y la interpretación, una época en que las relaciones entre quien uno es y lo que cree y cómo se «expresa a sí mismo»⁷⁰ se han convertido en un flujo importantísimo. En términos retóricos, ciertas distinciones que venían de lejos entre la Apelación Ética, la Apelación Lógica (=la verosimilitud o solidez de un argumento, de *logos*) y la Apelación Patética (= el impacto emocional de un argumento, de *pathos*) se han desmoronado en gran medida: o mejor dicho, los distintos tipos de Apelaciones ahora se afectan y se dejan afectar los unos por los otros de formas que hacen que sea casi imposible desarrollar un argumento únicamente con la «razón». Una ilustración nítidamente concreta de esto tiene que ver con la Queja Formal que cierta estudiante de licenciatura negra interpuso contra mí después de uno de mis pequeños discursos *in camera* descritos en las páginas 139-141. La demandante se equivocaba (en mi opinión), pero no estaba loca ni era tonta; y yo tuve ocasión más tarde de ver que yo sí tenía cierta responsabilidad en aquel desagradable trastorno administrativo. Mi culpabilidad se debía a una grotesca ingenuidad retórica. Yo había creído que la Apelación primaria de mi discurso era Lógica: la meta era presentar un argumento llamativamente franco y sin tapujos a favor de la utilidad del IEE. Tal vez no fuera bonito, pero era cierto, además de estar tan manifiestamente libre de fullerías que creo que yo esperaba no solo aquiescencia sino gratitud por mi candor.⁷¹ El problema que no vi, por supuesto, no estaba en el argumento *per se*, sino en la persona que lo hacía, es decir, yo, un Hombre WASP Privilegiado en una posición de poder, y por tanto alguien cuyas declaraciones sobre la preeminencia y la utilidad del dialecto de los Hombres WASP Privilegiados no parecían sinceras-exhortativas-convincentes-verdaderas, sino elitistas-displícites-autoritarias-racistas. En términos retóricos, lo que pasó fue que permití que la sustancia y estilo de mi Apelación Lógica torpedeara por completo mi Apelación Ética: lo que la alumna oyó no fue más que a otro H-WASP-P racionalizando por qué su grupo y su inglés eran lo más de lo más y «por lógica» tenían que seguir siéndolo (y lo que es peor, intentando usar su poder académico sobre ella para sacarle su asentimiento por la fuerza).⁷²

Si por alguna razón se encuentran ustedes compartiendo las percepciones y la reacción de aquella alumna concreta,⁷³ les pido que pongan sus sentimientos entre paréntesis durante el tiempo suficiente como para reconocer que el muy moderno dilema retórico del instructor H-WASP-P en aquel despacho no era muy distinto del dilema que afronta cualquier hombre que presenta un argumento en contra del aborto, o de cualquier ateo que presenta un argumento en contra del creacionismo, o de cualquier caucasiano que se opone a la discriminación positiva, o de cualquier afroamericano que condene el racismo policial, o de cualquiera de más de dieciocho años que intente defender que se suba la edad legal para conducir a los dieciocho, etcétera. El dilema no tiene nada que ver con si los argumentos en sí mismos son verosímiles o incluso sensatos, porque el debate casi nunca llega tan lejos: cualquier oponente con unos sentimientos lo bastante fuertes o con un toque dogmático puede desacreditar el argumento y cancelar en gran medida el resto de la discusión con una réplica que los americanos hemos llegado a conocer bien: «Por supuesto que alguien como

⁷⁰ (Fíjense en la sintaxis de la frase hecha: nunca se dice que «expresa sus creencias» ni que «expresa sus ideas».)

⁷¹ (Por favor, ni me lo mencionen.)

⁷² (La alumna aseguró haberse sentido especialmente traumatizada por el «yo te voy a obligar» del final, que por supuesto era una metedura de pata retórica.)

⁷³ Para información de ustedes, el jefe de departamento y el decano, en la audiencia de la Queja, no compartieron la reacción de la alumna... aunque sería deshonesto no decirles que también ellos resultaban ser H-WASP-P, un hecho que también fue comentado por la demandante, de forma que todo el procedimiento se volvió considerablemente tenso, antes de su conclusión.

tú cree eso»; «Para ti es fácil decirlo»; «¿Qué derecho tienes tú a...?».

Ahora (todavía entre paréntesis) consideren ustedes la situación de cualquier SNOOT razonablemente inteligente y bienintencionado que se sienta para preparar una guía de uso normativa. Es el milenio, post-todo: ¿de dónde va a sacar la autoridad para hacer cualquier clase de Apelación creíble a favor del IEE?

QUID DEL ARTÍCULO:

POR QUÉ BRYAN A. GARNER ES UN GENIO (I)

No es que *A Dictionary of Modern American Usage* sea perfecto. No parece cubrir cuestiones como *conversant in* versus *conversant with*, por ejemplo, ni tampoco *abstruse* versus *obtuse*, ni mencionar para nada *hereby* ni *herewith* (que yo suelo usar de forma intercambiable pero siempre tengo la incómoda sensación de estar cagándola). Garner incluye una buena disertación sobre *used to* pero nada sobre *supposed to*. Tampoco da ningún ejemplo que ayude a explicar los participios irregulares y la transitividad («The light shone» versus «I shined the light», etcétera), que son cosas que parecen más importantes que, por ejemplo, la forma correcta de escribir *huzzah* o el plural de *animalculum*, dos casos que sí aparecen. En otras palabras, un SNOOT acérrimo va a ser capaz de encontrar motivos de queja en cualquier diccionario de uso, y el *ADMAU* no es ninguna excepción.

Pero aun así es bueno de verdad. Salvo por la cagada de PALABRAS DE MODA y por la ausencia de una entrada de pronunciación sobre *trough*,⁷⁴ las que acabo de mencionar son las únicas pequeñas objeciones que este reseñista pudo encontrar. El *ADMAU* es completo y oportuno y sólido, a la altura del diccionario de Follett y el de Gilman y el puñado de otras grandes guías de uso del siglo. El formato de estas —que inventó Follett— es también el del *ADMAU*: entradas concisas sobre palabras y expresiones individuales y *MINIEN SAYOS* explicativos con los títulos en mayúsculas sobre cualquier tema lo bastante amplio como para requerir una discusión más general. Debido tanto a su Fowler Society como a la llegada de las bases de datos en la red, Garner ha tenido acceso a muchos más ejemplos de IEE publicado de los que tuvo Gilman hace nueve años, y los usa con gran efectividad, aunque de forma muy extensa. Pero ninguna de estas es la razón de que Bryan Garner sea un genio.

El *ADMAU* es una colección de juicios, y por tanto no es descriptivista de ningún modo, pero Garner estructura sus juicios con mucho cuidado de evitar el elitismo y la arrogancia de la SNOOTitud tradicional. No emplea la ironía ni la burla ni el ingenio mordaz, ni tampoco figuras retóricas ni coloquialismos ni contracciones... ni ninguna clase de estilo verbal en absoluto. De hecho, aunque Garner habla abiertamente de sí mismo y usa el pronombre de primera persona singular durante todo el diccionario, su personalidad queda extrañamente borrada, neutralizada. Es como si fuera tan insulso que apenas está presente. Por ejemplo, mientras este reseñista estaba terminando de leer la última entrada del libro,⁷⁵ de repente me di cuenta de que no tenía ni idea de si Bryan A. Garner era negro o blanco, homosexual o hetero, demócrata o derechón. Lo que me resultó más sorprendente fue que hasta entonces no me había preguntado ni una sola vez nada de todo aquello; la voz léxica de Garner tenía algo que me impedía en todo momento preguntarme de dónde venía el tipo o qué programas o ideologías particulares había detrás de lo que él admitía abiertamente que eran «juicios de

⁷⁴ Para ser sincero, solamente me fijé en esta omisión porque cuando estaba en mitad de escribir este artículo usé por casualidad la palabra *trough* delante del mismo amigo SNOOT que compara el uso público del inglés con aporrear un violín, y se cayó de culo de la silla, y entonces salió a la luz que por alguna razón yo he oído toda mi vida mal la palabra *trough* como si acabara con *th* en lugar de con una *f*, y que por tanto la he pronunciado mal en público Dios sabe cuántas veintenas de veces, y casi quemo los neumáticos para volver a casa y ver si tal vez el error era tan común y humano y comprensible que el *ADMAU* tenía una entrada afable sobre el mismo: pero no hubo suerte, y supongo que siendo justos no puedo culpar a Garner de ello.

⁷⁵ (sobre *zwieback* versus *zweiback*)

valor». Aquello me resultaba muy raro. La gente insulsa también es capaz de tener hachas que afilar, así que decidí que «insulso» probablemente no fuera la mejor palabra para describir la voz de Garner en el *ADMAU*. La palabra adecuada probablemente se pareciera más a «objetivo», pero con *o* minúscula, algo así como «desinteresado» o «razonable». Luego se me ocurrió algo más o menos obvio, pero de forma poco obvia: que aquel tipo de objetividad con *o* minúscula era muy distinta de la Objetividad metafísica con *O* mayúscula cuya pérdida posmoderna había destruido (esta había sido más o menos mi conclusión) cualquier posibilidad de Autoridad genuina en las cuestiones de uso.

Luego se me ocurrió que si la «Objetividad» todavía tenía una acepción con minúscula a la que no había afectado el relativismo moderno, tal vez «Autoridad» también la tuviera. Así pues, igual que había hecho antes con el uso que hacía Garner de «juicio», fui a mi *American Heritage Dictionary*, conservador y de confianza, y busqué la palabra «autoridad».

¿Acaso algo de esto tiene sentido? Porque es así como descubrí que Bryan Garner es un genio.

POR QUE BRYAN A. GARNER ES UN GENIO (II)

Bryan Garner es un genio porque *A Dictionary of Modern American Usage* viene a resolver casi por completo el problema de Autoridad de las Guerras del Uso de la Lengua. La solución que da el libro es tanto semántica como retórica. Garner consigue desdibujar las definiciones de ciertos términos clave y controlar la concurrencia de Apelaciones retóricas con tanta inteligencia que consigue trascender ambos bandos de las Guerras del Uso de la Lengua y limitarse a decir la verdad, y decir la verdad de una forma que no torpedea su propia credibilidad sino que de hecho la aumenta. Su estrategia argumentativa es totalmente brillante y totalmente astuta, y algo que potencia ambas cualidades es que la mayor parte del tiempo ni siquiera parece que haya un argumento en marcha.

POR QUÉ BRYAN A. GARNER ES UN GENIO (III)

En términos retóricos, los normativistas tradicionales dependen casi por completo de la Apelación Lógica. Una razón de que sean blancos tan propicios para la burla liberal es su arrogancia, y su arrogancia se basa en su completo desprecio hacia toda consideración de voz o persuasión. Esto no es ninguna exageración. Los normativistas doctrinarios no se imaginan a sí mismos como defensores del inglés correcto, sino como avatares del mismo. La verdad de lo que prescriben es en sí misma su «autoridad» para prescribir, y debido a que consideran que la verdad de lo que prescriben es evidente en sí misma, consideran que aquellos americanos que rechazan sus prescripciones o no hacen caso de ellas son «ignorantes» y demasiado insignificantes como para prestarles atención salvo como prueba del deterioro general de la cultura americana.

Como la única audiencia verdadera que tienen son los mismos normativistas, en realidad no importa que su argumento sea casi eutifróticamente circular: «Es verdad porque lo decimos nosotros, y lo decimos nosotros porque es verdad». Esto es dogmatismo de una pureza que no suele verse en este país, y no es ningún accidente que los normativistas de la línea dura sean nada más que un diminuto elemento marginal de la cultura de hoy día. La Conversación Americana es un argumento, al fin y al cabo, y mucho peor que nuestro miedo al error o la anarquía o la decadencia gomorrriana es nuestro miedo a la teocracia o la autocracia o cualquier ideología cuyo proyecto no sea discutir ni convencer sino aplazar todo el debate *sirte die*.⁷⁶

⁷⁶ Es esta lógica (y tal vez nada más que la misma) lo que impide que el profascismo o el pensamiento monárquico o el maóismo o cualquier clase de extremismo realmente atroz consiga legitimidad masiva en la política americana: ¿cómo se vota por No Votar Más?

Los descriptivistas de la línea dura, pese a todo su sereno científicismo y su proclamada preferencia por los datos sobre los valores, se basan sobre todo en el *pathos* retórico, la Apelación emocional visceral. Tal como ya se ha mencionado, las emociones relevantes aquí son de origen sesentero y de temperamento izquierdista: la antipatía por la Autoridad convencional y los desprecios elitistas y las restricciones y la casuística arrogantes y la parcialidad androcaucasiana y el esnobismo y la altivez abierta de cualquier tipo... es decir, por las mismas actitudes encarnadas en la mirada remilgada y furiosa del gramático y en el graznido lánguido de las élites tipo William Buckley, que resultan ser las dos especies más visibles que quedan de SNOOT. Sean metodológicos o filosóficos o pseudoprogresistas, los descriptivistas son, en su esencia final, demagogos, y en los normativistas dogmáticos tienen en realidad su mejor recurso, ya que la antipatía visceral de los americanos hacia el dogmatismo y la fatuidad elitistas le proporciona al descriptivismo un público favorable para su Apelación Patética.

Lo que no tienen los descriptivistas es lógica. El Diccionario no lo puede sancionar todo, y la misma posibilidad de que haya lenguaje depende de la existencia de normas y convenciones, y el descriptivismo no ofrece ningún *logos* para determinar qué normas y convenciones son útiles y qué otras son absurdas/opresivas, ni tampoco argumentos para saber cómo se tienen que llevar a cabo dichas determinaciones ni quién tiene que hacerlas. Resumiendo, los descriptivistas no tienen ninguna clase de Apelación que vaya a convencer a nadie que no tenga ya *per se* cierto odio a la autoridad del tipo ABAJO LOS RICOS. En términos homiléticos, la única diferencia entre normativistas y descriptivistas es que estos últimos tienen un grupo más grande de conversos.

El señor Bryan A. Garner reconoce algo que ninguno de estos bandos parece entender: que después de cuarenta años de Guerras del Uso de la Lengua, la «autoridad» ya no es algo que un lexicógrafo pueda presumir simplemente *ex officio*. De hecho, gran parte del proyecto de cualquier diccionario de uso contemporáneo consistirá en *establecer* esa autoridad. Aunque esto parezca más bien obvio, sepan ustedes que antes de Garner no hubo nadie que pareciera ver esto: que el desafío del lexicógrafo hoy día no es solamente ser preciso y exhaustivo, sino *creíble*. Que en ausencia de una Autoridad lingüística no cuestionada y con A mayúscula, ahora al lector hay que conmoerlo o convencerlo para que confiera autoridad al diccionario, libremente y por razones que parezcan buenas.

A Dictionary of Modern American Usage de Garner es por tanto a la vez una recopilación de información y una obra de retórica Democrática.⁷⁷ Su Apelación Principal es Ética, y su meta es reescribir la voz normativista: el autor no se presenta a sí mismo como policía ni como juez sino más bien como doctor o abogado. Se trata de una táctica ingeniosa. En la misma clase de maniobra que le podemos ver hacer en relación a «juicio» y «objetivo», aquí Garner altera las definiciones relevantes que el *AHD* da de «autoridad», pasando de 1) «El derecho y poder de dar órdenes, hacer cumplir leyes, obtener obediencia, determinar o juzgar» / «Persona o grupo que goza de este poder» a 2) «Poder para influir o convencer que resulta del conocimiento o la experiencia» / «Una fuente aceptada de información experta o consejo». El *ADMAU* de Garner, en otras palabras, se presenta a sí mismo como autoridad no en el sentido *autocrático* sino en sentido *tecnocrático*. Y el tecnócrata no es solo una imagen de autoridad completamente moderna y agradable, sino que también es inmune a las acusaciones de elitismo/clasismo que han perjudicado al normativismo tradicional. Al fin y al cabo, ¿acaso llamamos a un médico o a un abogado «elitistas» cuando se atreven a decirnos lo que tenemos que comer o cómo tenemos que hacer la declaración de la renta?

Por supuesto, Garner *es* un tecnócrata de verdad. Es abogado, recuerden, y en el

⁷⁷ (quiero decir *literalmente* Democrática: quiere los votos de ustedes)

ADMAU cultiva la misma clase de voz que proyectan los buenos juristas: informado, razonable, desapasionado y justo. Sus juicios sobre el uso de la lengua suele emitirlos como si fueran opiniones legales: la cita exhaustiva de precedentes (los juicios de otros diccionarios, ejemplos publicados de uso real) se combina con razonamientos claros y lógicos que siempre tienen detrás los propósitos consensuados más amplios a cuyo servicio se supone que tiene que estar el IEE.

También es tecnocrático el acercamiento de Garner a toda la cuestión de si alguien va a mostrar algún interés en sus setecientas páginas de asesoramiento puntilloso. Como cualquier especialista maduro, se limita a dar por sentado que existen buenas razones prácticas por las cuales hay gente que elige preocuparse por su área de conocimientos; y su actitud sobre el hecho de que a la mayoría de los americanos «les trae sin cuidado» el uso del IEE no transmite burla ni tampoco desaprobación, sino la resignación flemática de un profesional que se da cuenta de que puede dar buenos consejos pero no puede obligarte a aceptarlos:

La realidad que más me importa es que hay gente que sigue queriendo usar el lenguaje bien.⁷⁸ Quieren escribir con eficacia; quieren hablar con eficacia. Quieren que su lenguaje sea elegante en unas ocasiones y enérgico en otras. Quieren entender cómo usar bien las palabras, cómo manipular frases y cómo moverse por el lenguaje sin que parezca que se están debatiendo. Quieren buena gramática, pero quieren más: quieren retórica⁷⁹ en el sentido tradicional. Es decir, quieren usar el lenguaje con destreza de forma que les sea adecuado para sus propósitos.

Ahora es posible ver que todas las cosas autobiográficas que hay en el prefacio a *ADMAU* no se limitan a humanizar al señor Bryan A. Garner.

También sirven para detallar la pasión temprana y duradera que contribuye a convertir a alguien en un tecnócrata creíble: tenemos tendencia a que nos caigan bien y a confiar en expertos cuya competencia nazca de un amor verdadero por su especialidad y no del simple deseo de ser expertos en algo. De hecho, resulta que el prefacio del *ADMAU* inviste a Garner calladamente pero de forma persistente de todas las cualificaciones de la autoridad tecnocrática moderna: una devoción apasionada, razón y responsabilidad (recuerden lo de «en aras de ser completamente abierto, he aquí los diez puntos cruciales...»), experiencia («... que, después de trabajar durante años en problemas de uso de la lengua, he establecido»), investigación exhaustiva y tecnológicamente informada («Para cuestiones relacionadas con el uso de la lengua, los archivos de nuestros mejores creadores de diccionarios palidecen en comparación con las capacidades de búsqueda de textos completos que hoy proporcionan NEXIS y WESTLAW»),⁸⁰ un temperamento ecuánime y juicioso (vean por ejemplo este fragmento del minienayo HIPERCORRECCIÓN: «A veces la gente se esfuerza por cumplir con los protocolos más estrictos, pero en dicho proceso se comportan de forma impropia»),⁸¹ y la clase de integridad humilde (por ejemplo, incluir

⁷⁸ Las últimas dos palabras de esta frase, por supuesto, constituyen el objeto de las Guerras del Uso de la Lengua: ¿quién decide qué «lenguaje» y qué es lo que está «bien»? Lo más notable de la frase es que viniendo de Garner no resulta ingenua ni detestable, sino simplemente... razonable.

⁷⁹ (¿Creían ustedes que yo estaba bromeando?)

⁸⁰ Muy astuto: lo que en la práctica es Garner haciendo ondear su propio estandarte archivístico él lo hace pasar como humilde gratitud por los recursos que le proporciona la tecnología moderna. Además vean cómo Garner insinúa aquí que ha absorbido una vez más las partes sensatas del método descriptivista de tirar una red bien amplia: «Así pues, el método normativo aquí queda aligerado por un escrutinio exhaustivo del uso actual en la prosa publicada moderna».

⁸¹ (Aquí, el SNOOT interior y siempre alerta no puede evitar cuestionarse el empleo de una coma delante de la conjunción en esta frase, ya que lo que sigue a la conjunción no es ni una frase independiente ni tampoco ninguna clase de complemento verosímil de «se esfuerza»). Pero el desacuerdo respetuoso entre la gente de buena voluntad es por supuesto Democráticamente natural y sano y, cuando uno se pone a ello, más o menos

en una de las entradas un error de uso publicado en el pasado por él mismo) que no solamente hace de Garner un tipo agradable sino que transmite esa clase de reverencia hacia el idioma inglés que los buenos juristas tienen hacia la ley, dos cosas que son más grandes y más importantes que ninguna persona.

Probablemente lo más ingenioso y atractivo que tiene la Apelación Ética de su diccionario, sin embargo, es la escrupulosidad de Garner cuando considera las esperanzas de los lectores y sus miedos y sus razones para que les interese lo bastante el uso como para molestarse en leer algo como el *ADMAU*. Estas razones, tal como deja claro Garner, suelen derivar de la preocupación de los lectores sobre su propia autoridad lingüística y su voz retórica y su capacidad para convencer a un público de que les importan esas cosas. Una y otra vez, Garner enmarca sus prescripciones en términos retóricos: «En el caso del escritor u orador para quien la credibilidad es importante, es buena idea evitar distraer a *cualesquiera* lectores u oyentes»; «Hagas lo que hagas, si usas *datos* en un contexto en que se da a conocer su número, vas a molestar a algunos de tus lectores». La verdadera tesis de *A Dictionary of Modern American Usage*, en otras palabras, es que los propósitos de la autoridad experta y los propósitos del lector profano en la materia son idénticos, e idénticamente retóricos, y yo sostengo que eso es lo más Democrático que se puede encontrar hoy día.